



REVISTA DEL TALLER LITERARIO DE LA TERBI

Nº 4
Diciembre
2017

Con el tema:

Experimentos fallidos

Relatos de:

Belén Fernández Crespo

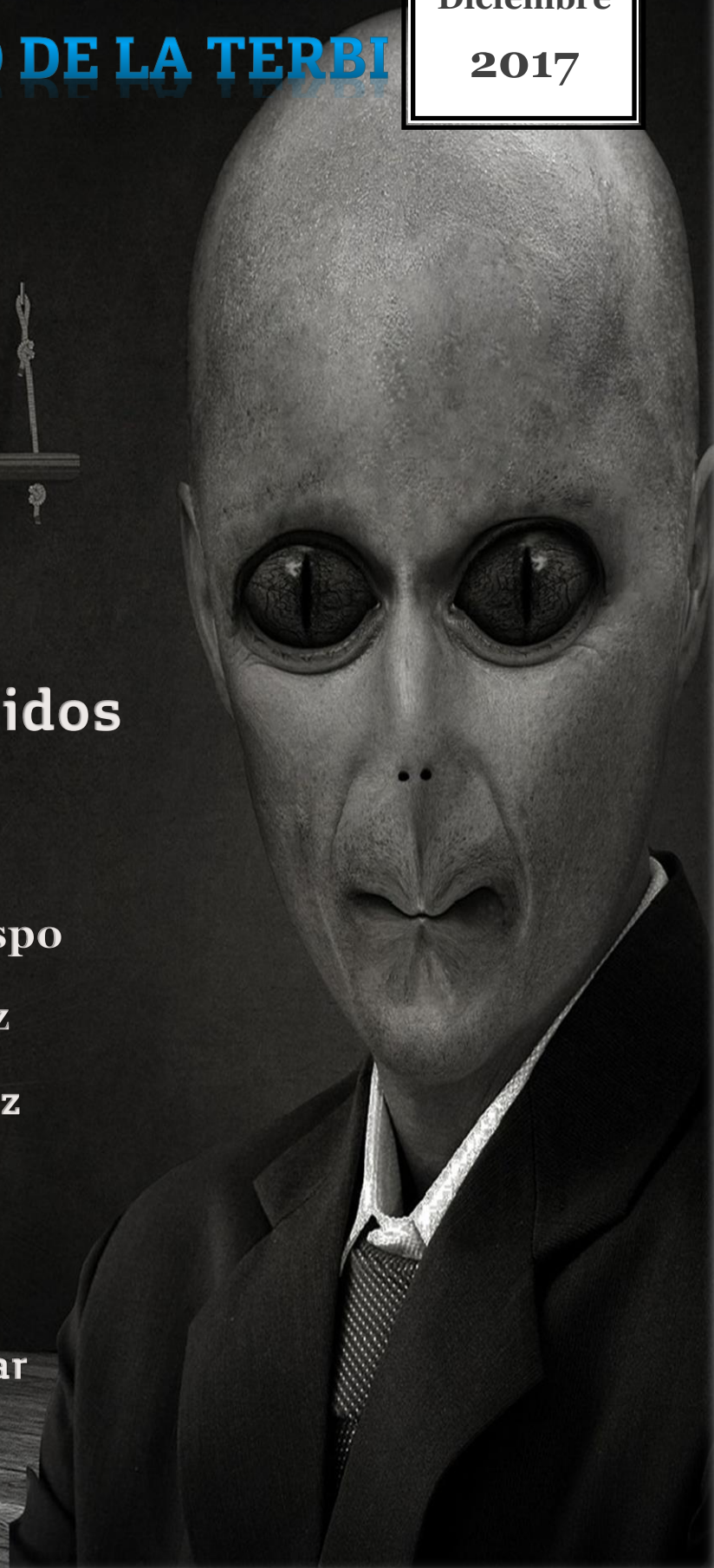
Félix Díaz González

José Cascales Vázquez

Luis del Campo

Ricardo Manzanaro

Carlos Enrique Saldivar





TALLER LITERARIO TERBI

Número 4 / Diciembre 2017

SUMARIO

Presentación_____	2
“Decepción” de Belén Fernández Crespo_____	3
“Feromonas” de Félix Díaz González _____	4
“Transgénico” de Felix Díaz González _____	6
“Mars Leisure City” de José Cascales Vázquez _____	7
“Experimento fallido” de Luis del Campo _____	21
“Experimento fallido” de Ricardo Manzanaro _____	22
“Experi...” de Félix Díaz González _____	22
“El rayo que la jodió dos veces en el mismo sitio” de Carlos Enrique Saldivar _____	23
“Mind uploading” de José Cascales Vázquez _____	25
“Ocaso” de Félix Díaz ____	32
Biografía autores _____	72

EXPERIMENTOS FALLIDOS

Llevamos varios años inventando historias, mundos y futuros. Somos el Taller Literario de la TerBi. Parte de las actividades de “TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror” que desarrolla diversas actividades en Bilbao y en la red, relacionadas con estos géneros. La principal es la TerBi, la tertulia mensual de ciencia-ficción, que se viene celebrando desde hace 23 años. Hay otras actividades, como dos jornadas anuales con presentaciones y charlas, un certamen de relato, y desde hace tiempo un taller literario. Cada mes se pone un tema y los miembros del taller escriben un relato en torno al mismo. Luego se publica en el grupo y el resto opina acerca de cada cuento, aportando ideas, para mejorarlo. Hace tiempo sacamos un fanzine del taller, algunos números con muchos relatos y páginas. Pero luego paramos, aunque el taller seguía funcionando. Ahora vamos a llevar a cabo un nuevo intento, de periodicidad mensual y más delgado, con lo publicado en el mes pasado. Os animamos a apuntaros e intervenir al taller.

<https://www.facebook.com/groups/1375355086037758/?ref=bookmarks>

Imagen de portada: Comfreak, de pixabay



safe creative

Prohibida la reproducción total o parcial de esta revista.
Los autores mantienen los derechos de sus obras.

DECEPCIÓN

BELÉN FERNÁNDEZ CRESPO

No habían entendido nada.

No habían sabido utilizar su inteligencia, su capacidad de crear cosas maravillosas. Se habían empeñado en enfrentarse los unos a los otros, en inventar fronteras que separaran al mundo.

Se habían olvidado del significado de la palabra Amor.

Jamás se sintieron parte de la Tierra, a quien despreciaron y trataron como un esclavo a su servicio, hasta llevarla al límite de sus fuerzas.

La explosión de las cabezas nucleares había aniquilado las posibilidades de vida para cientos de miles de años...

La rabia y la decepción atenazaban su garganta.

Dios no pudo hacer otra cosa que llorar amargamente.



FEROMONAS

FÉLIX DÍAZ GONZÁLEZ

Cris Jarber era el típico científico loco, y sin duda lo parecía: mirada extraviada, despeinado, vestido siempre con una bata manchada; y si alguna vez se la quitaba, ropas viejas y mal conjuntadas.

Cris no tenía amigos, ni amores; pero un día se enamoró.

Ella era Juani, la pastora del pueblo. Un pueblo muy pequeño, pero con una guapa pastora y un científico loco, lo que resulta más bien excesivo.

Cierto día, Juani pasó con sus cabritas por delante del laboratorio. Cris la vio y se quedó prendado de inmediato. Fue todo un flechazo.

Pero ella no le hizo el menor caso, así que Cris decidió usar sus conocimientos.

Se puso a trabajar de inmediato con sus probetas y tubos de ensayo. Durante un mes se concentró, apenas comió, ni siquiera se duchó. Pero por fin logró su objetivo: producir feromonas en gran cantidad.

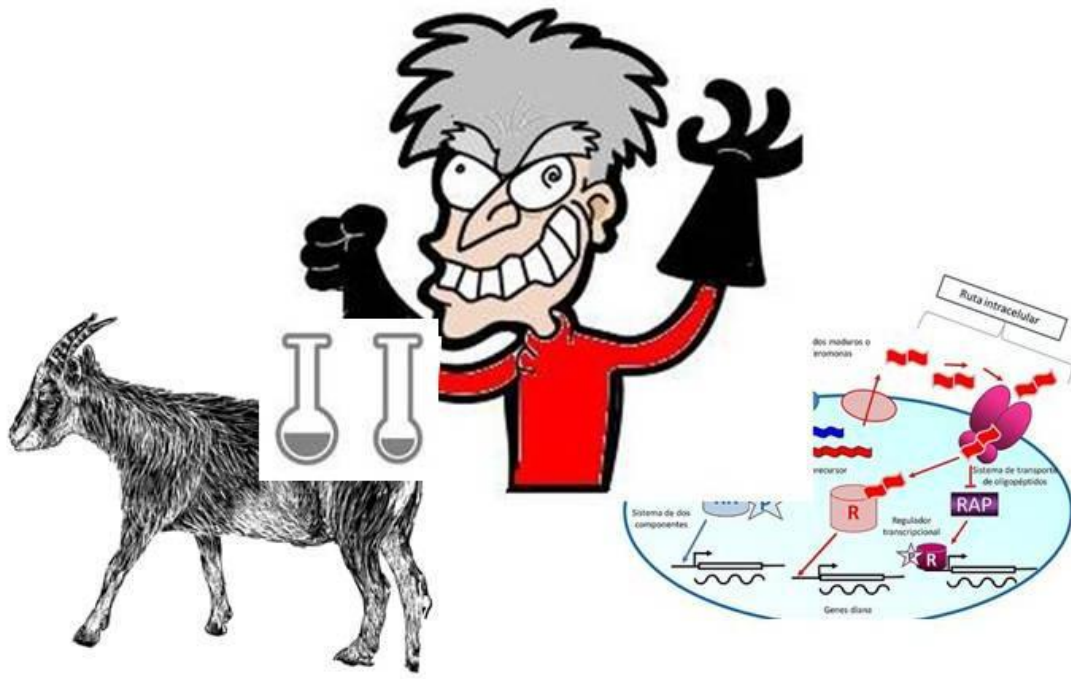
Aquel tubo era pequeño, y su contenido también: ni quiera llegaba al centímetro cúbico. Un líquido muy pero que muy peligroso, pues quien lo oliera quedaría prendado de Cris de un modo inmediato e irresistible.

No podía probarlo, pero Cris estaba seguro de los resultados, así que roció con aquella esencia un ramo de flores, y lo dejó por donde ella pasaba siempre.

Y esperó...

Juani estaba desesperada. ¿Dónde diablos se había metido Blanquita? Una cabra tan mansa, que nunca le había dado problemas... La última vez que la había visto estaba comiendo unas flores. Desde entonces, había desaparecido en medio del pueblo. De pronto, la vio. Cris corría por la calle, perseguido por Blanquita.

¡La cabra le balaba su amor!



TRANSGENICO

FELIX DÍAZ GONZÁLEZ

Joan era técnico en Mantasano, la famosa empresa de biotecnología. Ayudaba al Dr. Lopenham en sus experimentos. Pero a veces hacía sugerencias que el científico aceptaba como buenas.

Y así fue como Joan propuso elaborar un nuevo tipo de trigo transgénico, simbiótico con un hongo. Un trigo capaz de crecer en terrenos secos y áridos, fuerte como un liquen. Al Dr. Lopenham le gustó la idea y juntos diseñaron una larga serie de experimentos. Como siempre, la mayor parte de esos experimentos los realizaron los becarios y el doctor solo hizo los pocos necesarios para poder decir que él también participó. Pero luego todo el mérito sería suyo, y sería su nombre el que saldría en Nature y Scientific American como salvador de la humanidad. Incluso puede que National Geographic y la CNN se interesaran por el tema.

Joan colaboró con su ayuda técnica, montando los aparatos, limpiándolos y teniéndolos en buen estado y proporcionando los consumibles para los cromatógrafos y espectrógrafos, entre otros equipos de medición.

Por fin, el doctor tuvo en su mano (enguantada) un pequeño grupo de semillas, que Joan se ocupó de sembrar en las tinas hidropónicas.

Y más tarde, obtuvieron suficiente cantidad de grano como para elaborar harina y hacer un pan. Pequeño, pero comestible.

El Dr. Lopenham tenía que probarlo, y eso hizo. Mordió el pan, lo saboreó y lo tragó.

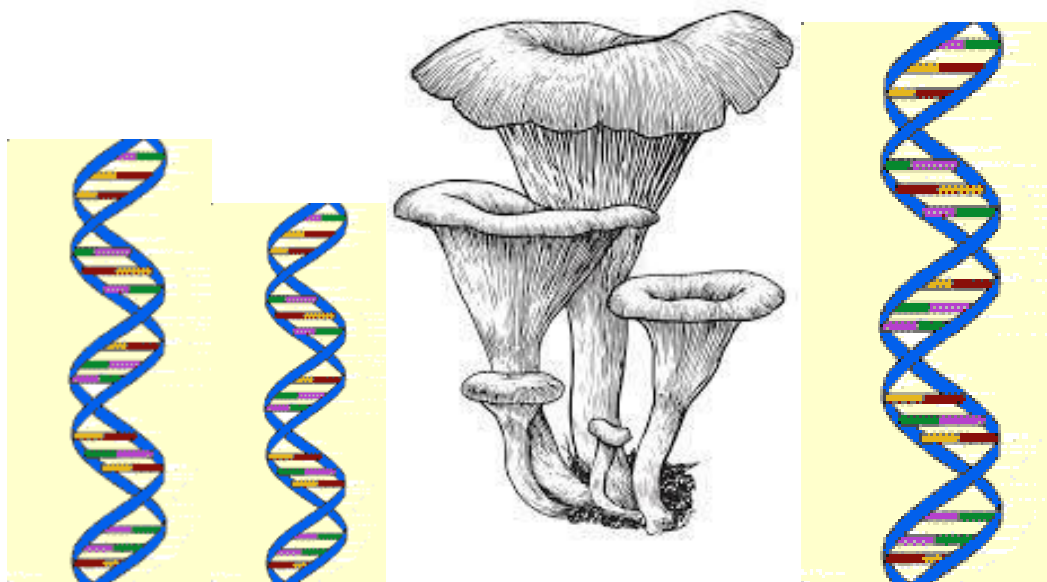
Y murió a los pocos minutos entre fuertes convulsiones.

Más tarde, durante la investigación del suceso, el director de investigación le preguntó a Joan:

—Dígame, ¿qué especie de hongo usó para preparar este híbrido?

—*Amanita phalloides*.

—¡Es una seta venenosa!



MARS LEISURE CITY

JOSÉ CASCALES VÁZQUEZ

Primera parte. El viaje

—José Flores Pereira, puede embarcar.

La voz de la IA me autoriza a pasar a la lanzadera y acceder cubículo asignado.

Acoplo el casco y lo conecto al traje. Se activan; el control de temperatura y el suministro de oxígeno y líquidos.

Comienza la despresurización del habitáculo.

Se abre la compuerta de acceso a la lanzadera.

Mis ojos se mueven a toda velocidad, no quieren perderse ningún detalle de mi primer viaje a Marte.

Ante mí, un asiento con arneses. Me siento en él y los anclajes se iluminan con colores, solo hay que unirlos a las cintas y se auto ajustan. Una vez asegurado, la esclusa se cierra y el túnel se ilumina. Delante, diez cubículos como el mío, todos ocupados, detrás no tengo visión, pero hay más. El pasaje está completo, cincuenta pasajeros en total.

En menos de un minuto, la lanzadera se detiene ante una burbuja transparente que se abre y un brazo articulado atrapa mi cubículo para alojarlo en su interior.

—Partida en 3... 2... 1... 0.

El despegue desde la estación espacial Alpha en órbita lunar es suave, gradual y silencioso, nada que ver con los que se realizan desde la Tierra, mi estómago lo agradece.

Me dirijo a Marte, donde me detendré por espacio de diez soles. Mi misión localizar los lugares idóneos para edificar una bóveda vacacional para los adinerados ciudadanos terrestres y conseguir los permisos pertinentes de las autoridades locales, para ser refrendados en la Tierra más tarde.

Una estupenda aventura para un geotécnico como yo.

Me encanta mi trabajo. La auto ironía no es mi fuerte.

Se encienden los pilotos que me permiten liberarme del arnés de sujeción para el despegue y mantengo el resto para evitar que la ausencia de gravedad me levante de mi asiento.

Recibo una inyección en mi brazo izquierdo y el líquido adormecedor penetra en mi corriente sanguínea. En unas horas dormiré durante gran parte del viaje.

Reviso las conexiones del suministro de líquidos. Todo correcto.

Me conecto a la red, desde mi visor, para visualizar el resumen sobre el que he de trabajar, “Investigación geotécnica en los proyectos de edificaciones”:

“Red conectada”.

“Archivo. Viaje a Marte, preguntas frecuentes”

Descarto el archivo cerrando los dos ojos. Lo he leído cinco veces en la sala de espera al embarque.

Aparece mi escritorio.

Mis ojos se mueven hasta la carpeta adecuada. La carpeta se abre después de un parpadeo. Fijo la vista en el archivo que necesito y vuelvo a parpadear.

Se despliega el menú solicitado.

1. Introducción: [Link a información completa](#)

Proyecto *Mars Leisure City*. Creación de una ciudad abovedada en la superficie marciana, solicitada por, ISB corp., Interplanetary Structures and Buildings.

2. Descripción del Proyecto: [Link a información completa](#)

Ciudad para el uso vacacional y turístico de lujo.

Tipo de edificación con blindaje anti radiación de escudo electrostático desplegable.

- Exterior de doble capa de grafeno y regolito marciano.
- Interior de acero en zonas comunes. Resto, materiales que se adecuen al escenario que se quiera imitar.
- La altura de la edificación según máxima legal. Máxima profundidad técnicamente posible. La extensión en plantas, la descripción de características arquitectónicas y estructurales vendrá determinada por el Informe Geotécnico final.

3. Metodología: [Link a información completa](#)

Investigación de campo, laboratorio, fuentes de información, procesamiento de datos y métodos de análisis.

4. Ensayos de Campo: [Link a información completa](#)

Procedimientos para realizar la investigación de campo, equipos utilizados, normativa local, número de sondeos a efectuar, profundidad de los mismos y cantidad de muestras obtenidas para el cumplimiento de los objetivos de la investigación geotécnica.

5. Ensayos de Laboratorio: [Link a información completa](#)

Las muestras obtenidas serán procesadas en el Laboratorio Central, con la finalidad de obtener parámetros que serán utilizados por el ingeniero geotécnico para analizar el comportamiento del terreno y plantear soluciones al sistema «suelo-fundación».

Voy directamente al punto tres. Vuelvo a parpadear y el link se abre.

Demasiado aburrido. Me duermo.

En el visor aparecen mis constantes, todo correcto salvo el hambre que mi estómago se encarga de reclamar. ¡Vaya! El visor me informa de que han transcurrido treinta y ocho días de viaje. Me recomienda que coma y vuelva a inyectarme Dormidina.

Me administro los complejos alimenticios. Espero que en pocos minutos desaparezca la molestia estomacal o tendré que inyectarme más porquerías.

Como me gustaría poder comunicarme con la Tierra y conversar con alguien. Por lo menos, podrían inventar las cabinas dobles. En realidad, hace tiempo leí que técnicamente es

posible, pero los psicólogos recomiendan cabinas individuales para evitar discrepancias irresolubles en espacios tan pequeños y viajes tan largos.

El entretenimiento en este viaje es prácticamente nulo, la compañía no los introduce como opción ya que la mayor parte del pasaje va dormida.

Me inyecto la Dormidina en una cantidad más alta que la anterior para que el resto del viaje sea en animación suspendida.

Dispongo de unas horas hasta que me haga efecto.

Desconecto el visor de la red y rebusco en la mochila. Al hacerlo mi mano tropieza con el libro, un libro de verdad, Crónicas Marcianas de Ray Bradbury, rescatado en mi última visita a mi bisabuelo en la Tierra.

Mi bisabuelo me había advertido de que la descripción de Marte era extraña e irreal (¡está publicado en 1950!), que había sido escrita con conocimientos científicos nulos y que lo interesante era el mensaje que Bradbury transmitía en cada relato.

A pesar del tratamiento antifúngica y del reforzamiento del papel, el tiempo no perdona y algunas hojas están como roídas por un animalillo hambriento.

Nunca había leído un libro de forma directa. Mis ojos se entretienen repasando las líneas de las letras; rectas, curvas, algunas palabras han desaparecido ligeramente pasando de negro a gris muy suave y se han de adivinar. El contacto con las hojas debe ser aterciopelado, oloroso, un olor que no puedo apreciar por culpa del traje espacial. Me va a costar adaptarme. Mis dedos vuelven a leer esas palabras, ellos me ayudan deteniéndose el tiempo preciso, deslizándose entre palabra y palabra.

“El verano del cohete”, luego “Ylla”, “Noche de verano” ... parte de un precioso poema, que leo tres veces para memorizarlo. Es precioso

*Avanza envuelta en belleza como la noche
de regiones sin nubes y cielos estrellados;
y todo lo mejor de lo oscuro y lo brillante
se une en su rostro y sus ojos...*

Bradbury maneja el lenguaje de forma magistral estimulando las redes neuronales adecuadas. Los bisabuelos siempre tienen razón.

Sigo con “Los hombres de la Tierra” y “La tercera expedición”

Vuelvo a leer esta historia, es alarmante e inquietante. Dejo de mirar el libro y repaso la historia en mi cerebro

“Llega la tercera expedición de hombres a Marte, comandada por John Black, de ochenta años. Los marcianos ya están preparados para recibir a los terrestres y los esperan en un típico pueblo norteamericano habitado por sus seres queridos (padres, abuelos, hermanos) muertos. Los astronautas aceptan esta maravilla y se separan para visitar a sus familiares. Sin embargo, el capitán se da cuenta de que los marcianos han usado sus memorias y deseos para reconstruir su infancia y que en realidad los que están con ellos no son sus seres amados sino marcianos con su apariencia. Finalmente, todos los hombres de la expedición son asesinados por la noche. A la mañana siguiente dieciséis ataúdes son enterrados entre los llantos de las personas del pueblo”.

Cierro el libro y reflexiono. ¿Y si la vida es una ilusión?, ¿y si alguien se diera cuenta?,

En ese momento desaparece el libro de mis manos, desaparece el asiento, la nave, las estrellas, el espacio... todo tiende al negro, al vacío, a la caída sin fin, o al ascenso...

La gravedad me estira, me comprime, me expande... mi cuerpo desaparece, o desaparecen mis ojos, mis oídos...

—Iniciando maniobras de aproximación.

Segunda parte. Recibimiento

—¿Señor Pereira?

Una mujer, muy delgada y alta, se dirige hacia mí con una sonrisa, una ligera inclinación y con la mano extendida como si fuera a recibir algo en ella.

—Si, soy yo.

Cortésmente estrecho su mano y respondo a su inclinación y a su sonrisa.

Busco en los paneles la indicación de la rampa de salida de equipajes. La chica de la sonrisa sigue muy atenta.

—No se preocupe por su equipaje, señor Pereira, en estos momentos debe estar saliendo para su hotel, ¿me permite su mochila?

—No se moleste señorita...

—¡Oh! Disculpe por mi desconsideración, me llamo Antía, Antía Gonsalves.

Sigo algo desorientado.

—Disculpe Antía, ¿la envían del hotel a recogerme?

—No exactamente. Camino del hotel se lo explico.

Después de un breve recorrido por un pasadizo nos introducimos en un ascensor.

—Vamos a utilizar un servicio privado de suburbano. El ambiente está un poco crispado.

La sonrisa desaparece de la cara de Antía mientras pulsa una combinación en el panel.

—¿Qué es lo que ocurre Antía?

Suspira.

—Hace un tiempo aparecieron algunos corpúsculos independentistas, gente descontenta de cómo se gobernaba desde la Tierra...

Interrumpo su explicación.

—Pero esa gente fue detenida y deportada a la Luna.

—Si José, pero la semilla quedó y los pequeños corpúsculos se convirtieron en células de cuatro o cinco personas, interconectadas mediante una red superpuesta a la nuestra, algo parecido a la red Tor a principios del siglo XXI en la Tierra.

El ascensor se detiene y con él la conversación. Antía sale primero del ascensor y mira a derecha e izquierda. Observo que su mano izquierda está en su cintura presionando un pequeño bulto.

Me hace una indicación para que salga del ascensor hacia una especie de bala gigante.

Al aproximarnos, los laterales de la superbala se desplazan hacia atrás para que podamos entrar.

Me acomodado y el asiento se adapta a mi cuerpo envolviéndome y desplegando unos enormes cinturones, de lado a lado, a la altura de hombros, pecho y cadera. Antía hace lo propio

mientras manipula una pantalla que parece una red de suburbano. El vehículo se desplaza por un tunel, sin ruido alguno. Es el momento de reanudar la conversación.

—Antía, ¿quién es usted?

Me mira y su sonrisa vuelve a aparecer.

—Soy su protección mientras dure su estancia en Marte.

Ahora si que estoy confundido.

—Ya me quedo más tranquilo.

No puedo evitarlo, aunque sé que la ironía no es lo mío.

Tercera parte. Exploración

Antía está en la recepción del hotel, sentada en el diván más próximo al ascensor, y se levanta tan pronto me ve.

—Buenos días José.

—Vaya, no esperaba volver a verla tan pronto.

—¿Ha descansado bien?

—Si gracias. La música ambiente del hotel es muy relajante. Sonidos de lluvia, cantos de pájaros y el mar son tranquilizadores.

—Perfecto José. —Mientras habla se dirige a la puerta. —Vamos a inspeccionar uno de sus destinos.

La sigo un par de pasos por detrás. Se desplaza rápido. La puerta del hotel se abre ante nuestra proximidad y, antes de salir, mira a derecha, izquierda, al frente, al suelo y hacía arriba. Con un gesto de su mano me pide que la siga. Su vehículo levita a unos centímetros del suelo a pocos metros. Las puertas se abren en forma de ala y nos metemos en su interior. Las sujeciones actúan al contacto de nuestros cuerpos con los asientos. Sigo en silencio intentando comprender la situación.

Antía despliega un mapa holográfico en el frontal del parabrisas y señala un punto en él y me mira. Asiento.

El vehículo se mueve. Antía me mira en silencio.

—Antía, ¿cómo sabe cuáles son mis destinos?, ¿está contratada por mi empresa?

Sonríe.

—José, además de ser su protección pertenezco a la policía de Marte.

Vaya, esto no me lo esperaba.

Me conecto a la red con mi visor para ver las características geotécnicas del cráter que vamos a visitar. En realidad, me lo sé de memoria, pero así puedo intentar asimilar lo que está ocurriendo.

El vehículo frena su marcha como si hubiera chocado con una pared invisible y la parte trasera se levanta con violencia en medio de un estallido luminoso y poco sonoro. Volcamos y volteamos varias veces. Envueltos en polvo nos detenemos contra unas rocas.

Antía reacciona.

—José, ¿Estás bien?

—Aturdido, pero bien.

Las sujeciones de seguridad han hecho su trabajo a la perfección.

Las puertas se abren y manos veloces nos liberan de los asientos y nos sacan del vehículo. Tres individuos, completamente vestidos de rojo terroso sujetan a Antía y dos más a mí. Nos inyectan algo en el cuello y nos llevan a una especie de furgón del que ya no soy capaz ni de ver el color, solo palabras inconexas y lejanas se oyen en mi cabeza.

Cuarta parte. Secuestro.

Parpadeo. Parece que estoy borracho. Abro los ojos y sigo inmóvil.

El furgón o lo que sea está parado. Tengo la boca tapada con una especie de cinta que se ha adherido a mi boca como una segunda piel. Las muñecas están juntas, una contra otra, unidas por otra cinta. No hay ruido en el interior del vehículo. Con mucho esfuerzo logré girar sobre mí y verifico mi soledad. Tenía la esperanza de que Antía estuviera a mi espalda todavía inconsciente.

Se oye ruido en el exterior y las puertas del furgón se abren.

—Don José, bienvenido a nuestra morada —dice una voz.

La ligera luz exterior me obliga a entrecerrar los ojos e intento hablar.

—¿Có-mo...?

—Disculpe la brusquedad de nuestra invitación, pero necesitábamos que viniera a nuestra casa y no podíamos permitirnos retrasos. —Risas retumban en la caja del furgón. —Sacadlo y dadle de comer y beber, luego llevadlo a mi despacho.

Su voz es profunda, rotunda, esa voz del que sabe mandar.

—De todo corazón le pido disculpas por las formas.

Modula la voz. Sin perder su tono de superioridad, sus palabras suenan bien.

Su despacho es un revival de un despacho de principios del siglo XX en la Tierra. Mesas y sillas de madera de nogal, algunas plumas, un abrecartas y varios utensilios de despacho más. Todo ello rodeado de estanterías repletas de libros.

—Vuelvo a pedirle disculpas por mi escasa hospitalidad, soy Joao D’Almeida y soy el líder de la rebelión que, —mira el reloj de su mesa—, se ha producido hace unos minutos. El gobierno de Marte ha caído y sus integrantes están presos por mis tropas.

Me sorprende con mi reacción.

—¿Dónde está Antía?

Joao sonríe.

—No se preocupe, las personas que pertenecen a la seguridad del estado deben tratarse de otra forma, con más vigilancia y menos libertad de la que tiene usted.

Me paso las manos por mi cara, me froto los ojos y caigo en que no estoy atado.

—Señor D’Almeida, ¿y qué pinto yo en todo esto?

Me mira, se levanta de la silla ayudándose de sus brazos contra la mesa. Es muy mayor, ahora lo aprecio mejor. Se desplaza hacia a mí con una ligera cojera. Tiene la piel muy arrugada. Pelo canoso y muy corto; diríase que es militar. Muy delgado, parece que va a quebrarse como una rama seca. Se detiene muy cerca de mí, sonríe y habla.

—José, usted se dirigía a un lugar, donde está ahora, nuestro Cuartel General.

Durante unos segundos se calla y sus ojos se clavan en los míos como si quisiera penetrar en mi cabeza a través de ellos. Vuelve a hablar.

—Necesitamos de sus servicios profesionales, ahora trabajará para mí.

—CONTINUARÁ—

EXPERIMENTO FALLIDO

LUIS DEL CAMPO

-Cuál es el tema del mes?

-Experimentos fallidos.

-¿Y ha habido muchos participantes?

-No, ninguno.

-Entonces ha sido un fracaso, un experimento fallido, precisamente.

-Todo lo contrario, amigo, precisamente por eso, ha sido un todo un éxito.

EXPERIMENTO FALLIDO

RICARDO MANZANARO

La Inteligencia Artificial escribió una novela. Varios críticos la leyeron, tras lo cual la consideraron muy negativamente. Dijeron que se notaba que estaba escrita por un programa informático y no por un autor humano.

La IA, deprimida por su fracaso, se autodestruyó

EXPERIMENTO FALLIDO

FÉLIX DÍAZ GONZÁLEZ

Estoy experimentando con la realidad... lidad... perimen... toy... lidad...yo... raro... experi... real... imagin...

Algo ha falla..

EL RAYO QUE LA JODIÓ DOS VECES EN EL MISMO SITIO

CARLOS ENRIQUE SALDIVAR

Hubo una vez un rayo que cayó dos veces en el mismo sitio; pero encontró que ya la primera había hecho suficiente daño, pues creó a Flash, un superhéroe que poseía la virtud de la hipervelocidad.

Flash peleó cruentas batallas contra toda clase de villanos y salió victorioso en todas; no obstante, se dio cuenta de que no podía dejar de lado sus traumas personales. Fue así que Flash corrió hacia atrás (contra la corriente del tiempo, no vaya a pensarse que literalmente corrió «hacia atrás») regresando a su pasado, a su época de niño, para salvar a su madre de ser asesinada por su archienemigo: Flash Reverso.

El caso es que Barry Allen –el nombre real de Flash– jodió (ahora sí es correcto pensar que de modo literal jodió) la línea del tiempo, la historia y el destino de la humanidad.

El rayo que cayó, y es protagonista de este relato, fue el que le dio sus poderes a Barry Allen, pues quebró una ventana y lo impactó de forma directa haciendo que su cuerpo, de paso, se mezclara con diversos productos químicos.

Ahora Flash ha vuelto en el tiempo; se halla en una nueva realidad, donde su madre está viva y existe una guerra entre dos supervillanos en extremo poderosos: Wonder Woman y Aquaman; enfrentamiento que está a punto de destruir la vida en la Tierra.

Flash se horroriza ante lo que ha provocado; sin embargo, en esta nueva realidad no tiene dotes especiales, entonces decide recrear la adquisición de su extraordinaria habilidad; para ello,

toma prestada de Batman (otro superhéroe, sin poderes) una máquina que atrae al rayo que cayó una vez ahí, con el fin de que vuelva a dar exactamente en el mismo sitio.

Y así ocurre: el rayo impacta de nuevo en el laboratorio de Barry Allen; se supone que lo dotará de hipervelocidad y lo convertirá en Flash... pero resulta que en esta oportunidad el rayo mata a Barry Allen: lo incendia y lo convierte en cenizas. De este modo nunca se crea Flash en aquel universo alternativo y la especie humana es aniquilada, debido a una bomba que destruye el mundo durante el combate.

Todo porque un rayo que cayó dos veces en el mismo lugar creyó que ya la primera vez había hecho suficiente daño al crear a un bobo superhéroe llamado Flash, y aquel rayo quiso subsanar dicho error destruyéndolo.

MIND UPLOADING

JOSÉ CASCALES VÁZQUEZ

Auditorio de la Fundación GO.

En el centro del estrado está un hombre de mediana edad que levanta las manos reclamando nuestra atención.

—Señoras y señores. Les pido un aplauso para nuestro presidente, Dmitry Musk.

Al unísono, los asistentes se levantan y baten las manos con admiración. El señor Musk es el mecenas más importante del mundo y por ese motivo estoy en el auditorio. Aparece por un extremo sin iluminar. Su traje azul oscuro, de una sola pieza realza su paso firme y acompasado. Llega al estrado y estrecha la mano del speaker.

—Gracias Bill —dice al separarse de él.

Reacio a dejar el escenario, Bill añade.

—El señor Musk nos honrará con la lectura de los finalistas a la beca 10.

Ahora sí, Bill se marcha.

El señor Musk, bebe un poco de agua del vaso que hay en el atril, apoya sus manos en los extremos de la mesilla y se toma unos segundos para observarnos. Extrae algo parecido unas gafas y se las pone.

—Gracias por venir, es un placer para mi informarles de los tres finalistas a la beca 10. Antes, advertirles que la dificultad para elegir solo tres proyectos, de los quinientos ochenta

presentados, ha sido máxima. La humanidad puede estar satisfecha de esta generación de científicos.

Aplausos.

—Sin más dilación paso a informarles de la identidad de los tres jefes de equipo. El orden es aleatorio y los tres parten con las mismas oportunidades.

Se lleva la mano al bolsillo superior de su traje y saca varios sobres. Abre el primero y vuelve a tomarse unos segundos para observarnos. El silencio es absoluto.

—Proyecto, “Instant communications with interplanetary colonies” de la hindú Zahra Desai, de la University of Madras, consistente en el descifrado de la información de los fotones que corresponden a un solo estado cuántico conjunto.

Aplausos.

Dmitry, coge el segundo sobre, se ajusta las lentes y levanta la vista del papel.

—Proyecto, “Immortality. Genetic manipulation” de la malasia, Suhana Chandra de la Universiti Putra Malaysia (UPM), que se centra en la reprogramación de una célula normal para convertirla en una célula madre capaz de dividirse y mutar su naturaleza.

Aplausos.

El presidente coge el tercer sobre y ya no me quedan uñas. Es la última oportunidad de oír mi nombre.

El señor Musk, extrae el papel del sobre y dice:

—Proyecto “Mind uploader” de la española, Alma Avalos de la Universidad Politécnica de Cataluña (Informática) y Universidad Complutense de Madrid (Física), sobre la transferencia mental como continuación del yo hasta el transvase a otro cuerpo humano, o no.

Aplausos.

Casi inaudible el presidente añade:

—Se abre el periodo de votaciones. Buenas noches.

La ganadora de la beca 10 fue la hindú Zahara Desai. Estaba cantado, era el proyecto más comercial y el más útil para la colonia marciana. El lobby marciano, tenía mucho poder en la fundación GO, por algo es su segundo máximo valedor económico.

Lo peor no fue perder la oportunidad de mi vida, lo peor fue el accésit con el que premiaron a la malasia Suhana Chandra, eso incrementaba mi castigo interno, era la condena definitiva a mi proyecto y el olvido de mí persona.

El recuerdo de la ilusión con la que recibí la carta donde me informaron que estaba entre los finalistas de la beca 10, no atenuaba mi frustración. La ganadora conseguía una beca de ensueño: la financiación y el equipo técnico-científico necesario para desarrollar su proyecto durante diez años.

Aquellos hechos marcaron mi vida, en realidad marcaron mi mente con un dolor impensado, con un sufrimiento profundo que me impedía pensar en el futuro.

La humillación fue máxima, por lo menos eso pensaba en ese instante, cuando me propusieron trabajar en la creación del software que debían desarrollar las simulaciones de reprogramación genética del proyecto “Immortality. Genetic manipulation” de Suhana. Fue ella la que se empeñó en contratarme.

Me envió una preciosa comunicación, glosando mis logros y su admiración por mis trabajos. Mi ego suturo mi odio hacia ella, que yo sabía que no merecía, y accedí a visitarla en su despacho privado.

Suhana vestía una camiseta ancha, unos pantalones más anchos todavía y una coleta que sujetaba su pelo negro como el carbón. Al entrar, ella se levantó de su silla y dejó atrás una mesa repleta de pantallas.

—Hola Alma, muchas gracias por venir.

Sus dientes blancos parecían ser los que hablaban, en contraste con su piel oscura. Después de un cálido abrazo, con su mano, me señaló una silla al lado de la suya para que me sentara.

—Gracias por citarme Suhana... Estoy un poco desubicada con tu ofrecimiento...

No me dejó terminar.

—Alma, no existe nadie con tu preparación para desarrollar ese software de simulación. He consultado con varios expertos y todos concluyen que tú eres la persona adecuada.

Es muy probable que tenga razón, pero hemos sido enemigas y he perdido. Suhana adivina, en mi silencio, mis pensamientos.

—No debes pensar en que hemos sido rivales. En el plano más positivo para ti, vas a poder acceder a tecnología de primer orden y eso puede ayudarte en tus proyectos.

Guiña un ojo del modo más atractivo y cómplice posible.

—Te invito a cenar.

No puedo articular palabra y ella, ni siquiera espera mi respuesta, me coge la mano y salimos del despacho.

Nos casamos tres meses más tarde y me convertí en su “ampliación de memoria”, las dos fuimos una sola mente.

Transcurridos cincuenta años, el proyecto de Suhana aportó avances en cuanto a la longevidad humana, pero la inmortalidad todavía estaba lejos de ser alcanzada.

A pesar de todo, la financiación seguía alimentando el proyecto, los resultados eran lo suficientemente interesantes para los mentores. El equipo científico que continuaba el legado de mi mujer era de primer orden y ya no nos necesitaban.

Mientras esparcía las cenizas en los jardines del complejo “Chandra” decidí que era el momento de hacer lo que no pude hacer con Suhana.

Durante nuestra convivencia de cincuenta años, Suhana me permitió tener mi espacio individual, me dio la libertad de desarrollarme dentro de mis inquietudes. Cree un software que realizaba el seguimiento de mis redes sociales, correos electrónicos, llamadas telefónicas, apps, juegos, agenda, ubicación. Es decir, toda la huella digital.

También cree un Avatar que chateaba conmigo con la intención de dar sentido a los datos recogidos en todo el proceso y creaba un espejo de mis emociones, sentimientos, reacciones. Con la información recogida por el Avatar se generaron unos patrones que se transferirían a un software que autoreplicaría la información a un molde neuronal y que culminaría con el trasvase final.

Hice lo mismo con Suhana, pero ella se lo tomó como un juego y siempre pensé que lo hacía más por mí que por ella.

Suhana se infectó manipulando un coctel de virus que intentaba desactivar. Afortunadamente se dio cuenta y se encerró en la sala de cuarentena. Y allí la encontré cuando fui a recogerla para ir a cenar. Me miró con sus ojos negros y nuestras manos se unieron sobre el cristal.

—No te preocupes mi amor, será rápido —dijo.

Yo no paraba de llorar, casi no la veía.

—Suha, podemos intentarlo, —grité, golpeando el cristal.

Ella me miró, sus ojos negros pasaron al blanco y se desmayó.

Yo gritaba mientras varias personas me arrastraban fuera del laboratorio.

Suhana entró en coma y ya no despertó.

Es hora de dejar los recuerdos atrás y finalizar mi proyecto.

Sola, acostada en la camilla y conectada con los ordenadores, me voy a dormir. Cuando mi sueño entre en la fase REM se activará el protocolo de transferencia.

Me despierto, en realidad no es así, no tengo cuerpo, pero me siento succionada. Todo es negro, no tengo ningún punto de referencia para calcular mi velocidad de desplazamiento. No me detengo, pero percibo como atravieso capas que disminuyen mi velocidad para asimilar recuerdos, sensaciones, reacciones... y vuelvo a acelerar. El desplazamiento sigue a otra capa y otra y otra más. El movimiento es global, total, “¡no, no me desplazo!”, estoy expandiéndome como la explosión de una supernova.

Estoy viva, pero no sé dónde vivo.

Mi experimento ha tenido éxito, un éxito que necesito comunicar a la humanidad, aunque... todavía no sé cómo.

OCASO

FÉLIX DÍAZ GONZÁLEZ

NOTA INICIAL

Este pequeño relato tiene lugar antes de los sucesos narrados en «Como el Fénix». De hecho, podría considerarse una especie de prólogo. Más aún, el protagonista, Usylis, tiene un papel secundario pero destacado en la novela ya mencionada.

Sin embargo, la lectura de este relato antes de la novela podría romper algunas sorpresas. Como se dice, contiene «spoilers». Por tanto, se recomienda leerlo después de «Como el Fénix», lo que por supuesto no afectará a la trama en este caso.

-1-

Solo en el arca, Usylis contempló con tristeza las imágenes transmitidas desde el planeta. Pudo ver así, cómo el asteroide se estrellaba cerca de la costa, en el planeta.

Algunas de las imágenes se perdieron, al ser barridos los aparatos por la enorme ola provocada. Pero otras seguían activas. Eran las que procedían de la órbita.

Mostraron la enorme nube de polvo y vapor de agua formada por el impacto. La nube alcanzó la parte alta de la atmósfera y empezó a expandirse. Muy pronto cubriría todo el mundo, supuso Usylis.

Era demasiado para soportarlo él solo. Cerró la compuerta del arca y subió en su vehículo rumbo a la base.

Por unos momentos, sus ojos se centraron en la enorme estructura situada junto a la puerta. Una estructura destinada a servir de señal para cualquier explorador del futuro.

Siempre hacía lo mismo, y siempre terminaba por centrarse en el presente. Usylis conectó la conducción automática y permitió que la congoja le dominara. Ahora que estaba solo podía permitirse ese lujo, pero en cuanto se hallara en la base debería mostrar su semblante helado, sin emociones.

Aunque sin lágrimas, Usylis lloró. Lloró por los millones de seres semejantes muertos en el planeta, entre quienes había una muy querida, que no había querido venir con él al satélite. Lloró por los cientos de millones de seres vivos, especies enteras que serían barridas por la extinción. Lloró por su propia especie. Sí, se decía que en la base podrían sobrevivir y luego repoblar el planeta, pero Usylis no lo tenía tan claro. ¡Era todo tan frágil! ¡Eran tan pocos!

Estaba llegando a la base. Usylis levantó la cabeza para ver el mundo azul, inmóvil sobre el cielo negro.

¡Ya se notaba el efecto del impacto a simple vista! El planeta ya no era azul, era blanco, pues las nubes cubrían por completo su superficie.

Mientras el vehículo cruzaba la triple compuerta para entrar en la base, hizo un esfuerzo para recuperar su imagen hierática.

Klimertes lo esperaba en el lugar de trabajo. Como Usylis, ella era ingeniera neurológica y juntos habían desarrollado diversos aparatos útiles para la sociedad. A diferencia de Usylis, quien era azul, Klimertes era mestiza de rojo y azul, una mezcla casi imposible en las circunstancias presentes.

—Que tus plumas signa brillando, Usylis —fue el saludo que ella le dedicó.

—Lo mismo te digo, Klimertes. En especial esa combinación de plumas azules y rojas.

—Gracias. ¿Has visto el impacto? Terrible, ¿no?

—Lo he visto en imagen y en la realidad. En el exterior, el planeta se ve muy bien. O debo decir que se veía, pues ahora todo está recubierto de nubes.

—El consejo se reúne a las 9.85. Te esperan. Es lo que pone el mensaje que me has autorizado a leer.

—¿A las 9.85? ¿Y por qué no a medianoche?

—Tengo entendido que esa hora tan tardía es para que todos puedan asistir. Es compatible con todas las ocupaciones de los miembros. Y empieza en esta jornada, no en la de mañana. Por eso no empieza a medianoche sino un poco antes. Eso sí, seguro que acaba mañana.

—Una noche sin dormir que me espera.

—Estamos solos, Usylis. Nadie nos mira.

—¿Qué quieres decir?

—Tú has perdido a tu compañera.

—Sí, Lyhermes. No quiso venir conmigo al satélite, y se quedó en el planeta. Si no murió por el impacto, morirá tarde o temprano, salvo si se recuperan las comunicaciones y entramos en contacto con los supervivientes.

—Todas nuestras ciudades estaban en la costa. Creo que se formó una ola gigante que las habrá arrasado. Y ahora no se puede ver nada por esas nubes que lo cubren todo. Pero, sabrás, yo también he perdido a los míos. Estaban cerca de donde parece que fue el impacto. Es casi seguro que han muerto.

—Los dos hemos perdido conocidos.

—Sí, y las costumbres nos obligan a no demostrar los sentimientos, pues somos adultos. Pero, ¿sabes lo que te digo? ¡Que todo se vuelvan excrementos! ¡Necesito que me abracés!

—Pe... pe... pero...

—Seguro que tú también tienes esa necesidad. Estamos solos, nadie nos ve. Podemos olvidar las convenciones y ser jóvenes emocionales. Te lo pido como amigo.

—No somos pareja.

—¿Y eso qué importa? No te pido sexo. Anda, ¡abrázame!

Usylis lo pensó un momento. Pero él también lo sentía. Se acercó a su amiga y la estrechó entre sus brazos.

Ninguno esperaba sexo de la relación, pero de los abrazos pasaron a las caricias.

Y antes de que se dieran cuenta, terminaron como cualquier pareja.

El reloj marcaba las 9.50 cuando Usylis se arregló para dirigirse al consejo. Un pacto de silencio cubría lo sucedido entre Klimertes y él.

El consejo estaba formado por seis miembros, todos ellos destacados miembros de la base. El jefe era elegido por votación, y ahora ese cargo estaba en manos de Olfitris, una hembra azul de 97 años. El resto eran cuatro machos azules, incluido Usylis y una hembra verde.

Olfitris ya estaba presente cuando llegó Usylis. El consejero que faltaba llegó casi a la vez. La jefa dio comienzo con su aviso.

—Empezamos. Se reúne el consejo de la Base Azul en el Satélite. No hace falta comentar lo ocurrido. Todos habrán visto el impacto del asteroide sobre el planeta. Se dice

que ha sido desviado por nuestra gente, dentro de esa guerra entre rojos y azules, pero no pienso comentar esas cuestiones. Aquí hemos de dedicarnos a decidir lo que hemos de hacer.

—¿Hay comunicaciones con el planeta, señora?

—No, Usylis. No hay comunicaciones en ninguna de las bandas. Estamos solos.

—¿Y la base roja? —preguntó Preites, la hembra verde.

—La base roja fue destruida por un impacto hace pocos días —señaló Usylis—. ¿No recuerda el temblor de hace poco?

—Si me disculpa el consejero, ya tenía yo el conocimiento de ese suceso. Me refiero a si estamos seguros de que nadie ha sobrevivido.

—¿Sugieres que enviemos una expedición a explorar las ruinas?

—Sí, señora. Por un lado, es nuestra obligación ayudar a cualquier que haya sobrevivido, tenga el color que tenga. Por otro lado, necesitamos todo tipo de ayuda y cabe en lo posible que en la base roja haya algo que nos resulte útil.

—Es poco probable, pero sin duda tienes razón. Enviaremos esa expedición. Ahora pasemos a otras cuestiones más locales. Necesito un informe detallado de los recursos disponibles: agua, aire, alimentos, energía, con una predicción de lo que podamos conseguir durante el tiempo que permanezca el planeta incomunicado. Según mis datos, serán entre tres y cuatro años...

-2-

La posición de Usylis le había valido para quedarse en la base a cargo de las comunicaciones con los exploradores de la base roja.

De hecho, Usylis había presenciado el impacto del asteroide pues en ese momento tenía acceso a los satélites. Aparte de ver el impacto, sintió el temblor que afectó a la base y se dispararon todas las alarmas. Por suerte ya estaban todos preparados y con sus trajes de vacío puestos, así que no hubo víctimas entre los superiores. Aunque sí que se perdió todo un grupo de plantas al perder su aire y lo mismo con dos jaulas de alimañas del laboratorio. Pero ¿quién se preocupa de esas pequeñas alimañas peludas?

Las cámaras en órbita mostraron cómo era destruida la base de los rojos. El pequeño cuerpo rocoso tenía sólo 10 kilómetros de diámetro, pero era suficiente para abrir un cráter de más de 85 kilómetros de diámetro. Cuando se hubo despejado el polvo, donde antes se hallaba situada la base roja, en el sur del Mundo Satélite, ahora se podía apreciar un nuevo cráter de color claro, con grandes emisiones de polvo en todas direcciones. La cara del satélite quedaba marcada para siempre con el impacto reciente.

Aunque se tratara de enemigos, Usylis lamentaba su muerte. Doscientos mil superiores eran demasiadas víctimas, por muy roja que tuvieran su piel. A diferencia de otros superiores, Usylis no despreciaba a las otras razas, ni devolvía el desprecio que los rojos demostraban a las demás razas. Bajo las escamas y plumas azules, rojas, verdes o marrones, todos los cuerpos eran idénticos.

Además, probablemente los rojos se vengarían. Más aún cuando descubrieran que ese asteroide no era el único que los azules habían desplazado para producir impactos catastróficos. Este primero era tan sólo una prueba. Visto el éxito, era evidente que los otros tres, cada uno de 25 kilómetros de diámetro, serían mantenidos en rumbo de colisión al Mundo Planeta. Aunque los rojos los detectaran, era difícil que pudieran evitar a los tres. Cualquiera de ellos alcanzaría el planeta y crearía un cráter mucho mayor, cuyos efectos serían más catastróficos por la onda expansiva en la atmósfera y el oscurecimiento atmosférico posterior.

La teoría era que, tras la destrucción de todos los rojos, las restantes razas repoblarían el planeta, pero Usylis dudaba que llegara a funcionar. Aunque por descontado

que no decía nada, su prestigio quedaría por los suelos si se sabía que no confiaba en los mandos. Y además quedaría desacreditado si se dejaba llevar por los sentimientos.

Ahora que uno de esos asteroides había impactado contra el planeta, era el momento de demostrar si las teorías eran ciertas. Usylis tenía sus dudas porque...

—Base azul, aquí Zulfiter en explorador 3.

Usylis dejó las ensoñaciones y los recuerdos. Llamaban los que viajaban en el vehículo rumbo a la antigua base roja en el sur de la cara visible.

—Aquí base azul. Usylis al habla. Conteste, explorador 3.

—Nos encontramos ante las primeras acumulaciones de escombros procedentes del impacto. A partir de ahora el recorrido se hará más difícil pues hemos de ir abriendo camino.

—¿Queda algo de la antigua ruta?

—Las huellas se ven desaparecer bajo un montón de rocas. La ruta ha sido cubierta por los detritus.

—Vayan con cuidado.

Otros se fueron acercando al puesto de Usylis.

—¿Alguna novedad?

—Han llegado al límite de los escombros debidos al impacto. Ahora empieza lo difícil.

—¿Por qué? Es otro cráter.

—No exactamente. Es un cráter, sí, pero muy joven, con los materiales sueltos, no asentados. Los riesgos de que alguna roca caiga sobre el vehículo son muy elevados.

Y para confirmarlo, se oyó por la radio.

—Es difícil el avance. Hay poca tracción, pues el material no permite el agarre. Hemos de buscar los espacios con pendiente mínima.

—Explorador. Utilice la máxima tracción.

—Ya lo hacemos. ¡Un momento! ¡Por todos los cabezones!

—Informe, Explorador.

—Base, no podemos avanzar más. Hemos llegado al límite del cráter y la pendiente es excesiva, aparte de estar llena de rocas sueltas. Bajar por ahí es un suicidio, y además creemos que no hace falta. Tenemos imágenes.

Una pantalla hasta ahora apagada mostró la imagen de un cráter. Pero tenía algo poco habitual en el Mundo Satélite. Un volcán. En el centro del cráter, una montaña emitía gases y lava.

—Lo vemos, Explorador. No hace falta bajar por ahí. La lava acabará por cubrir el fondo, en todo caso. Dudo mucho que haya podido sobrevivir alguien.

—Explorador, aquí Olfitris. Recorran un trecho por el borde del cráter, sin arriesgarse pero tratando de confirmar que todo el terreno está igual. Y podrían hacer alguna salida a ver si encuentran algo. Cualquier cosa, un resto, un recuerdo. Algo.

—Entendido, Base. Retrocedemos hasta un lugar seguro y avanzamos bordeando.

—Mucho cuidado, Explorador —añadió Usylis.

El reloj marcaba casi una fracción de día, cuando el Explorador anunció.

—Hemos visto algo brillante. Haremos una salida.

Más tarde:

—Base, aquí Explorador. Hemos hallado lo que parecen restos de un vehículo. Destrozado por las rocas, en su interior había un rojo. Muerto, por supuesto. Hemos tomado algunas muestras y volvemos a la base.

—Recibido, Explorador.

Usylis no se quedó a esperar la llegada del vehículo explorador. Ya había estado bastante tiempo ante el equipo de retransmisión. Volvió a su casa, donde vivía solo.

Allí lo esperaba Klimertes.

-3-

Usylis entró en su vivienda y cerró la puerta. Klimertes, sin decir nada, se echó a sus brazos.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte, claro está. A partir de ahora me quedaré en esta vivienda, compartiéndola contigo. ¿No lo recuerdas? Creo que fuiste tú mismo quien propuso en el consejo compartir viviendas para economizar recursos.

—Sí, claro. Es verdad que propuse eso, pero tú no tienes por qué venir aquí. Podrías ir a otro lugar.

—Usylis, ¿me estás echando?

—No, eso sí que no.

—¿Ya has llegado a un acuerdo con otro para compartir espacio?

—Tampoco. Sigo solo.

—Bien. Pues yo he elegido este sitio. ¿Me aceptas?

—Claro que sí, porque no puedo rechazarte. Pero no somos pareja.

—¿Y eso qué importa? Yo he decidido venir y tú estás de acuerdo. ¡Pues ya está! Por última vez, ¿debo recoger mis cosas y marcharme?

—¡No, por favor! Acepto tu presencia. Pero no esperes que vuelva a ser como el otro día.

—¡Aquello estuvo muy bien! Pero de acuerdo, no somos pareja. No habrá sexo.

—Bueno, y ya que estás aquí, ¿puedo preguntarte el motivo?

—¿Quieres que te lo diga? Me gustas. Puede ser un delito en esta sociedad nuestra, pero tú me gustas. Si fuera posible, me gustaría formar pareja contigo.

—Tú ya has puesto al menos un huevo, ¿no?

—Sí, y mi hija probablemente haya muerto en el Mundo Planeta.

—Yo también. No podemos formar pareja.

—Eso ya lo veremos. En esta nueva cultura, tal vez haya que poner todos los huevos que sea posible, si queremos sobrevivir. Se acabó aquello de un solo huevo.

—Como bien has dicho, ya veremos. Ahora, si no te importa, desearía lavarme y descansar un poco. Espera, ¿no hay espacio para tí! No hay otro lecho, y en el mío no cabemos los dos.

—Mandé traer el mío, si no te importa. Encontrarás tu habitáculo dividido por un panel. Al otro lado está mi lecho.

Usylis se sintió algo molesto por un instante ante aquella intromisión en su espacio, pero no dijo nada. Era lo lógico. Y lo curioso era que él mismo había lo había propuesto.

Parecía evidente: un elevado número de los habitantes de la base azul vivía en habitáculos individuales. Había unas cuantas parejas registradas y también otros casos en que se compartía el habitáculo por motivos variados. El dato era muy claro: los habitáculos compartidos gastaban menos recursos; alrededor de un 30% menos de energía que dos habitáculos individuales, un 50% en el caso del agua y del aire. Así que él pro-puso pedir que se compartieran habitáculos siempre que fuera posible. Los espacios abandonados serían sellados y mantenidos en vacío, como otros espacios libres.

Claro que él mismo no había aplicado el caso a su persona; de hecho, contaba con seguir viviendo solo, pues no conocía a nadie que quisiera compartir espacio... salvo Klimertes, y era una hembra lo que pondría las cosas difíciles al no ser pareja.

Pero ella lo había decidido y él había aceptado. Y si no eran pareja, ¿qué más daba! Tal vez fuera el momento de olvidar los convencionalismos.

De pronto Usylis cayó en la cuenta de que empezaba un periodo difícil, de emergencia. No había necesidad de mantener las formas y costumbres de la vieja sociedad.

Y puede que él mismo tuviera que formar pareja con Klimertes. Necesitarían poner más huevos si querían sobrevivir. Allí estaba su oportunidad.

Eso incluso, ¡validaba tener sexo! Ya por eso valía la pena.

De pronto, Usylis se sintió como un joven lleno de hormonas. Bien, guardaría las ganas para más tarde, cuando le propondría a su compañera suprimir la separación entre habitaciones.

Tras lavarse y cambiarse, se sentó con Klimertes para conversar un rato, mientras la comida se preparaba en la cocina automática.

—¿Por qué no me hablas de tu compañera, Usylis? Te vendrá bien para liberar esos sentimientos que no quieres dejar salir.

—No debería, pero tienes razón. Cuando vine a este mundo, me dolió que Lyhermes no quisiera venir. Y soy lo bastante sentimental como para añorarla. Lyhermes era marrón, una hembra más bien pequeña pero de cuerpo perfecto, muy inteligente y muy buena madre. Tanto que cuando puso el huevo se dedicó a vigilar la incubadora mucho más del tiempo que le correspondía. Más de una vez tuve que apartarla para poder cumplir con mi turno de vigilancia. Cuando por fin eclosionó el huevo, ella recogió con todo cariño un trozo de cáscara y la guardó como un tesoro.

—Tu hijo está aquí, en el Mundo Satélite, ¿no es así?

—Sí, Byjón se llama.

—¡Lo conozco! No debería decirlo, pero soy una de sus tutoras. Eso sí, te rogaría que no hicieras uso de la información que te acabo de dar.

—De acuerdo. Volviendo a Lyhermes, te diré que cuidó del pequeño multicolor como sólo podía hacerlo la mejor de las madres mientras estuvo bajo nuestro cuidado. Luego, cuando el pequeño Byjón se fue a la Academia de Profesores, ella sufrió la separación. Traté de confortarla, tardó meses en recuperarse, y nunca volvió a ser ella misma. Tal vez por eso cuando me surgió la oportunidad de venir aquí, ella se negó de

plano. Al venir comprendí que nuestra vida en común se había terminado. Ahora con mayor motivo, si Lyhermes ha muerto.

—¿Estás seguro?

—Tanto como puedes estarlo tú con los tuyos.

—Bueno, mi gente estaba cerca del lugar del impacto. Pero los tuyos estaban más lejos, ¿no?

—Si no les alcanzó la ola gigante, y ahora están vivos, acabarán muriendo de hambre o en las algaradas que sin duda tendrán lugar entre los supervivientes. Es como si hubiera muerto.

—Has visto a Byjón aquí, ¿no es cierto?

—Ajá. Ya es casi un adulto, como tú deberás de saber bien. Lo he visitado varias veces para controlar su desarrollo.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de tu trabajo aquí en la base?

—Como ingeniero neurólogo tengo trabajo de sobra. Al menos eso me ha servido para superar el dolor de dejar atrás a Lyhermes. Pero puedo decirte que siempre me he opuesto al Proyecto Asteroide y no soy el único.

—Yo también me opongo. «Pacifistas» nos llaman.

—Así es. Una pena que al final se haya impuesto el criterio más belicoso.

—Sobre eso, ¿crees que han influido las barbaridades que los rojos han cometido en el Planeta, destruyendo ciudades enteras con sus bombas sísmicas?

—Claro que sí han influido. Hay que defenderse.

—Pero no así.

—Cierto. Pero si quieres seguir manteniendo tu prestigio y el mío, mejor que nos estemos callados.

—También afecta al prestigio de Byjón.

—Así es.

-4-

Klimertes aceptó encantada la propuesta de eliminar la separación entre lechos. Y desde ese momento fueron pareja, aunque no de manera oficial.

Al día siguiente, ambos compartieron la primera comida y se fueron por su lado, cada uno a cumplir con sus obligaciones. Volvieron para la segunda comida y después, Klimertes propuso:

—¿Por qué no me cuentas algo más de tí? Hoy te toca a tí y mañana lo haré yo, para que así nos conozcamos mejor. ¿Qué te parece?

—Es buena idea. Y nos vendrá bien para olvidar esta extraña situación. Aún no se sabe nada del Mundo Planeta. Es justo como si todos hubieran muerto.

—Deja eso, querido. Cuéntame algo. ¿Cuál fue tu primera ocupación?

—Es curioso que lo menciones. Mi primera ocupación fue en un criadero de herbívoros. látigos y trompetas, sobre todo. Fueron dos años.

—Interesante. Pero, si no te importa, ¿me puedes decir qué eran los látigos y los trompetas? Nunca me he aclarado con los tipos de animales.

—Los látigos son los mayores, cuatro patas, cuellos largos y cola como un látigo, de ahí su nombre.

—Sus huevos son deliciosos. Pero lo mejor es la carne del lomo.

—Pocos huevos se pueden consumir, pues ponen pocos y la mayoría son para cría. Tienes suerte de haber podido probarlos. Y los trompetas son los pequeños, bípedos, con esas crestas que les sirven para dar esos gritos de trompeta.

—¿Pequeños, dices? Si son más grandes que nosotros. —
Bueno, lo digo en comparación con los látigos. —Bien,
¿y qué hacías?

—Tenía varias obligaciones. La primera era conducirlos al claro del bosque donde se alimentaban. Los sacábamos de sus recintos donde dormían y les llevábamos al claro.

—¿Y tenían recintos para los látigos? ¡Deberían ser enormes!

—Eran simples cercados. Para los trompetas sí que teníamos recintos cerrados. —
¿Y cómo los conducían?

—Usábamos máquinas que imitaban a un carnívoro. Un cabezón, de esos grandes, ya sabes.

—Sí, los cabezones tienen brazos pequeños pero cabezas enormes, y cuellos muy cortos. Son enormes.

—Exacto. Las máquinas de control eran parecidas a cabezones y el ganado les temía, así conseguimos controlar a los grupos. Aunque se dice que un experto puede ser capaz él solo de controlar toda una manada, lo normal era que usáramos varios, tantas

máquinas como fuera necesario. Era un trabajo sencillo, en todo caso, bastaba con seguir las instrucciones del jefe de grupo.

—¿Qué más hacías?

—Me encantaba hacer el control diario, antes de sacarlos a comer. Yo usaba un sensor de diagnóstico que permitía detectar toda clase de trastornos; cuando detectaba algo avisaba al especialista de salud. Por cierto, fue el uso de ese sensor de diagnóstico lo que me llevó a elegir los estudios médicos, y por fin la ingeniería neurológica.

»La tercera obligación era más complicada: evitar los herbívoros salvajes.

—¿Por qué?

—Porque competían con nuestro ganado, le quitaban el alimento. Los que más lata nos daban eran los tricornios.

—A esos sí los conozco. Cuadrúpedos, acorazados, con tres enormes cuernos en una cabeza también grande. Y grandes, aunque no tanto como los látigos, ¿no es así?

—Los has descrito muy bien. Cuando aparecía una manda arrasaba con todo lo verde. Y para eliminarlos teníamos que organizar una verdadera cacería con rifles energéticos. No se podía apuntar a las cabezas acorazadas sino a los vientres desnudos. Eso sí, después nos dábamos verdaderos festines con la carne de los tricornios. ¿La has probado?

—Pues no.

—Lástima, era exquisita. Nos servía para compensar el trabajo adicional que causaban al tener que buscar luego otros lugares para conducir el ganado. Ya dije que donde pasaban no quedaba nada verde.

»Otros bichos salvajes que daban guerra eran los colamartillos.

—Disculpa, pero a esos no los conozco.

—Acorazados, cuadrúpedos, algo más pequeños que los tricornios. Tienen una cola enorme que acaba en una maza y la usan para golpear, de ahí su nombre.

—Imagino que peligrosos.

—Por la cola, desde luego. Y difíciles de matar, con esas corazas. No servían los rifles energéticos, había que usar munición explosiva. Por suerte no solían ir en manada. De hecho, uno o dos colas de martillo eran incluso bienvenidos entre los herbívoros domésticos. Y me consta que entre los salvajes es habitual esa asociación. Pero a nosotros no nos daban más que problemas en el momento de recoger el ganado, así que no los queríamos.

»Con todo, lo peor era la cuarta de las obligaciones, que no era otra que luchar contra los carnívoros. Sobre todo contra los grandes, los cabezones. Los rápidos y las sombras a veces se atrevían, en manadas, a atacar al ganado, sobre todo a las crías, pero no daban problemas.

—Disculpa, Usylis, pero no tengo clara esa distinción entre los rápidos y las sombras.

—Vamos a ver, los dos son tipos de carnívoros. Los rápidos son esos que tal vez hayas visto de mascotas. Son diurnos, pequeños y muy rápidos. Van siempre en manada y son muy inteligentes.

—¡Ah, sí! Un familiar mío tenía uno de esos y le daba toda clase de problemas, porque se escapaba. Bien, ¿y las sombras?

—Se parecen a los rápidos, son cuellilargos como ellos, pero son nocturnos. Tienen grandes ojos, y de hecho creo que son muy cercanos a nosotros a un nivel evolutivo.

—No los he visto.

—Ya te dije que son nocturnos. De hecho, es por su existencia que se guardan en un recinto cerrado al ganado por la noche.

—Pero decías que ni rápidos ni sombras daban muchos problemas. ¿Serían los cabezones?

—¡Esos sí que eran un problema! Verás, un cabezón puede matar a un trompeta en segundos, e incluso se atreven con los látigos. O con nosotros mismos, los cuidadores. Por eso era obligatorio llevar siempre el rifle energético a punto.

»Lo peor era que ni siquiera temían a las máquinas que les imitaban. Más bien las atacaban pensando que estaban ante un rival. Por tal motivo las máquinas de control eran siempre acorazadas y estaban armadas con fusiles energéticos y de munición explosiva.

»Y aquí se daba una situación peculiar, relacionada con el prestigio. Verás, Klimertes, se consideraba que estar demasiado tiempo sin justificación dentro de las máquinas era una forma de perder prestigio. Todos despreciábamos esa posibilidad y yo mismo también. Por eso la pauta normal era usar las máquinas para conducir el ganado y luego permanecer fuera de ellas en grupo y siempre vigilando. A veces nos turnábamos para que uno de nosotros subiera en la máquina, pues tenía mejores medios de vigilancia; se suponía que hacer eso no era contrario al prestigio, pero yo, la verdad es que no lo tenía nada claro.

—Pero al fin lo dejaste, ¿no? ¿Por qué?

—Porque era aburrido. Siempre lo mismo con pocas variantes. Perseguir tricornios o colamartillos, luchar contra algún cabezón, llevar al ganado por la mañana y recogerlo por la noche, contar algún chiste o alguna ocurrencia. Éramos jóvenes y llenos de hormonas, así que nuestro mayor anhelo era encontrar alguna hembra fértil y ayudarle a poner un huevo, ya me entiendes.

—Pero no se les dejaría, ¿verdad?

—Creo que un cuidador lo consiguió y se metió en un buen lío. La mayor parte de nosotros se conformaba con la simulación, usando anticonceptivos. Pero para tener pareja estable, ese oficio no era el adecuado. Todo el mundo acababa por dejarlo, salvo que se especializara como jefe de grupo. El jefe sí que tenía pareja.

»Así que un día decidí irme a estudiar las cosas de la salud. Y terminé especializando en ingeniería neurológica. Y se me asignó pareja, así que busqué a Lyhermes. El resto ya carece de importancia.

—No lo creo, pero ya me lo contarás otro día.

—Mañana te toca a tí, contar lo que hiciste de joven y cómo acabaste aquí en el Mundo Satélite.

-5-

Otro día de seguir las viejas rutinas, aunque no se sabía si valía la pena. Tanto Usylis como Klimertes pensaban que había cuestiones más urgentes que seguir con las ocupaciones de antes del impacto, pero no se atrevían a desafiar a las autoridades. El prestigio, como siempre, prevalecía.

Ya en casa, dedicaron la tarde a comentar las noticias llegadas desde el planeta (ninguna, solo rumores imposibles de confirmar o negar). Y por fin, fue el turno de Klimertes.

—Ayer quedamos en que debías contar tu juventud. ¿Cómo es que acabaste como tutora de criaturas en la base azul del Mundo Satélite?

—Verás, no se si sabes que nací en un poblado pequeño del interior. En las montañas del este, ya las conocerás, supongo.

—Imaginaba algo así, porque no es fácil que se relacionen rojos con azules.

—En mi pueblo, casi todos son verdes, en realidad. Mi madre era azul y estaba como educadora de las crías. Mi padre, rojo, estaba a cargo de la central energética. No conozco los detalles, pero creo que mi padre tenía otro hijo, rojo como él, y daba problemas en la academia. Ella se reunió con él para tratar de esas cuestiones. Al final, sucedieron dos cosas: el hijo rojo de mi padre fue expulsado y enviado a otra academia, pero muy lejos, en la costa central; creo que era un sitio especializado en crías recalcitrantes, donde usaban métodos muy duros que yo reprobaría. Lo otro que sucedió fue que el padre rojo formó pareja con la docente azul. Y como en aquel pueblo atrasado no había contraceptivos, nació yo. Mi madre quedó encantada, pues conmigo cubría su cupo, pero mi padre sintió rechazo, pues estaba incumpliendo la ley al tener dos hijos.

»Según me han contado, mi madre consiguió mantener unida la familia a duras penas. Y lo cierto es que parte de ese rechazo lo heredé yo. Verás, pocos me querían. En la academia lo pasé muy mal, nadie me apreciaba porque era medio roja, pero no roja, medio azul, pero no azul. Y hasta los mestizos me rechazaban. Fue un tiempo de una soledad terrible. Es horrible sentirse sola cuando estás en un grupo grande. No es como estar realmente solo, aquí sientes mayores miedos y la soledad se te hace mayor al comparar con lo que viven los demás.

—No lo dudo. Sin duda fueron días malos para tí.

—Así era. Y ¿sabes lo más curioso de todo? Pues que mi padre, que era tan cumplidor de la ley, usó un subterfugio no del todo legal para poder registrarme como hija.

—No entiendo.

—Se saltó la ley. Pagó a un experto para que no tomara en cuenta a su hija anterior, por «enferma». Cuando lo supe, monté en cólera. Y por eso me fui lo antes posible. Descubrí que para ser educador bastaba con tener dieciséis años.

—Yo tuve que esperar a los diecinueve para salir a cuidar ganado. Creo recordar eso que dices, pero nunca me ha atraído la docencia. Eso sí, me parece que más de uno pensó como tú y pidió la carrera docente para salir antes. La mayoría volvía a los pocos meses.

—La docencia ha de ser vocacional. Por eso la mayoría prueba y descubre que no le gusta, lo que le obliga a volver a la academia si no ha cumplido la edad para otras actividades.

—A mí nunca me tentó. Pero sigue contando, anda.

—Pues eso, que dejé la Academia de Profesores para pasar al Centro de Preparación Profesional. Y fue como si hubiera pasado del humo del volcán al interior del cráter lleno de lava.

—¿Rechazo por tus colores?

—Exacto. Resulta que el rechazo no se debe a ser mestiza, se debe a que no pueden encasillarme en uno de los bandos que se enfrentan.

—Lo había supuesto.

—Para los rojos, yo no era lo bastante roja. Para los azules, yo tenía partes rojas que, según ellos, me convertían en espía de los rojos. Y los mestizos me veían como roja o como azul.

—¡Pero los azules somos aliados de los demás colores! Incluidos los mestizos.

—Me temo que estás siendo un poco iluso, Usylis, y perdona que te lo diga. Verás, no había mencionado un detalle importante. Mi pueblo era tan pequeño que no tenía academia propia. Así que fui a una situada en una ciudad roja de la costa, por sugerencia de mi padre. Allí me despreciaban porque no era roja, pero hacían lo mismo con todos los otros grupos cromáticos.

—Sí, y eso parece ser la razón del conflicto.

—Puede ser. Yo era medio roja, pero con eso no bastaba. Me trataban como si fuera azul, verde o marrón. Todo eso influyó para que decidiera irme lo antes posible. También fue el descubrir lo que mi padre había hecho para que se reconociera mi nacimiento. Me indignó en gran medida.

—Así que dejaste la academia para pasar a la docencia. ¿Fue en la misma ciudad roja?

—¡Claro que no! Esta vez consulté con mi madre y ella me recomendó una ciudad azul cercana al ecuador, más hacia el oeste. Esperaba que sería como has dicho tú, yo era medio azul y la otra mitad me convertía en mestiza, y los azules son amigos de los mestizos.

—Exacto.

—Pues no fue así. En primer lugar, un elevado número de azules compañeros y profesores mantenían una posición de superioridad azul insultante. Tú, como eres azul no lo habrás notado, pero todos los que no somos azules lo notamos al vivir entre ustedes.

—¿Yo soy así?

—No, tú no tienes esa actitud de superioridad.

—Gracias. Pero en mi caso, el problema se complicaba por mi parte roja. Verás, puede que ustedes los azules admitan a los demás colores y a los mestizos, ¿no es así?

—En efecto.

—Pero rechazan a los rojos.

—Desde que ellos iniciaron este conflicto.

—Creo que la cosa viene de antes, pero no voy a discutir por ello. Lo cierto es que yo soy medio roja, y por tanto despreciable

—¿Pero no valoraban más tu mitad azul?

—¿Por qué? ¿Por la superioridad de los azules?

—Bueno, no. Era solo por decir algo

—En realidad, los demás se hacían un lío. No sabían si tratarme como azul o como roja. Nadie me trataba como mestiza, que sería lo correcto. Y por fin me harté.

—¿Qué fue lo que hiciste?

—Busqué un centro profesional que no fuera rojo ni azul. Encontré uno de los marrones en la costa oeste. Allí hallé mi pareja y puse un huevo. Un precioso mestizo marrón, azul y rojo.

—¡No sabía que tuvieras una pareja! Ni hijo.

—Según tengo entendido, el impacto tuvo lugar a pocos kilómetros de donde se quedaron. Tienen que haber muerto.

—¿Y por qué te fuiste?

—Problemas de relación con mi pareja. Prefería otras hembras marrones. Y mi hijo ya estaba en la academia.

»Encontré información de que hacía falta un educador para los pequeños en el Mundo Satélite. No lo pensé más que unos instantes y vine enseguida. Y aquí estoy.

Los dos se abrazaron, tras compartir sus penas respectivas.

En una nueva reunión del consejo, Usylis se atreve a preguntar por tanto interés en mantener los formalismos.

—¿No creen que lo más importante es buscar una forma de sobrevivir? Tal vez debamos cambiar nuestra sociedad para hacer frente a esta situación de emergencia.

—Tal vez el consejero Usylis tenga alguna propuesta que hacer —replicó Zulfiter—. Si es el caso, creo que debería hacerla en vez de hacer propuestas vagas y difíciles de realizar.

—Respondo por alusiones. Primero, mis propuestas no son vagas ni irrealizables, de hecho la que haré a continuación se encamina en esa línea. Ya he propuesto ahorrar recursos compartiendo viviendas, y me consta que hemos avanzado en esa dirección. Aún es pronto para estimar el ahorro, pero estoy convencido de que en algún tiempo se notará. E insisto en seguir compartiendo. ¿Por qué no tres en una misma vivienda? ¿O cuatro, o los que quepan? Creo que debemos renunciar a nuestra sacrosanta independencia en aras de nuestra supervivencia. Pero aún me queda otra propuesta.

—Adelante, consejero —pidió la jefa Olfitris.

—Olvidemos la regla de un único huevo. No controlemos la natalidad, tengamos tantos hijos como podamos mantener.

—Nuestros recursos son limitados —objetó la jefa.

—No pido una natalidad desbordada. He dicho tener tantos como podamos, y la clave está en ese «podamos». Habría que calcularlo, pero por ahora estoy seguro de que bien podríamos tener dos huevos por pareja. Tal vez tres, pero eso ya habría que estudiarlo.

—¿Y nuestras normas de pareja? —preguntó Preites.

—Sugiero revisarlas. Y si alguna hembra no consigue un macho que la fecunde, admitir otras formas de relación extraordinarias. Tríos, relaciones esporádicas fuera de la pareja, lo que se crea más adecuado.

—¡Será el caos! —exclamó Zulfiter.

—No, si lo regulamos. Esa es mi propuesta.

—Me sigue pareciendo una locura.

—Bien, Zulfiter, ya tenemos su opinión y la de Usylis —intervino Olfitrís—. ¿Nadie más tiene algo que decir?

—Habría que estudiar bien los detalles —observó Preites.

Nadie más habló. La jefa dio por concluida la reunión del consejo.

Cada uno se fue a realizar sus ocupaciones habituales. Usylis marchó hacia el centro de investigación donde tenía algunos textos que revisar. Aunque se preguntaba para qué, si ya no se podría publicar las investigaciones. Bueno, en su lugar reuniría a su equipo y discutirían qué hacer. Sí, eso sería lo mejor.

Pero al llegar a su puesto, descubrió que todo el mundo estaba ocupado. Tendría que esperar media fracción de día para que la mayor parte de su gente pudiera estar presente.

No tenía ganas de hacer labores burocráticas inútiles, así que se centró en repasar lo que sabía de la guerra entre rojos y azules.

Para empezar, la base que tenían ellos, los azules, en el Mundo Satélite estaba en la cara norte, mientras que la de los rojos se hallaba en el sur. Pero a diferencia de esta otra, la suya no era fácilmente visible. De hecho, ocupaba buena parte de una cavidad natural bajo un mar de lava y muy poca gente conocía su localización; esa era su principal defensa en la

guerra que mantenían rojos y azules en el Planeta y ahora también en el Satélite. Las autoridades azules confiaban en que los rojos no les atacaran, aunque eran bien conscientes de la fragilidad de su entorno: el impacto de un proyectil sísmico sería suficiente para acabar con todos ellos.

Tal vez no quedaran rojos enemigos, pero en la base seguían bajo la hipótesis de que la guerra proseguía. Podría existir alguna base roja en el espacio de la que no tuvieran noticia y que les podría atacar por sorpresa. Solo como venganza.

Por cierto, se decía que la guerra era rojos contra azules, pero en realidad la guerra era de la raza roja contra las demás razas, si bien los azules eran quienes comandaban el bando contrario. Pero también los verdes y los marrones, y con ellos los multicolores mestizos, se habían sentido obligados a alinearse del lado azul, ya que el odio de los rojos contra las demás razas también les alcanzaba.

Nadie sabía de donde venía ese odio. Durante milenios había existido, si bien sólo en los últimos años había alcanzado tal virulencia. Algunos pensaban que podía relacionarse con el periodo, decenas de siglos atrás, en que los azules esclavizaron a los rojos. Pero eso fue en otra civilización, otra cultura ya desaparecida. Y aunque fuera así, no justificaba la extensión del odio a las razas verde y marrón, pues estas también fueron esclavizadas por los azules en aquella época de preponderancia azul.

De hecho, ni siquiera estaba claro el origen de las diferencias raciales, pues no parecía que el color cutáneo fuese una ventaja evolutiva. Algunos estudiosos comparaban los colores de los superiores con los de muchos voladores emplumados (también de vistosos colores) y en base a ello argumentaban que los seres superiores procedían de voladores con plumas. Sin embargo, la mayoría no estaba de acuerdo, indicando que todos los voladores con plumas tenían pico, con o sin dientes, y que el antepasado más probable de los superiores era alguno de los pequeños carnívoros bípedos, especialmente el sombra, especializado en cazar alimañas y lagartos. Muchos superiores tenían en el Planeta algún sombra para mantener a raya las alimañas en sus hogares. Eran animales muy inteligentes y capaces de reconocer a sus dueños, e incluso de defenderlos en ciertos casos, sobre todo a

los pequeños; por eso eran muy apreciados. De hecho, Usylis hubiera deseado tener uno de ellos, pero en el Satélite no había sitio para animales más grandes que las alimañas.

Otros cuellilargos eran mucho más agresivos. Algunos superiores mantenían rápidos como mascotas, pero daban demasiados problemas; incluso de vez en cuando se registraban casos de superiores atacados por sus mascotas, lo que aparte del daño que les pudiera producir, aparejaba pérdida de prestigio para la víctima: otra razón más para no tenerlos.

Más frecuente era tener algún herbívoro, sobre todo de los más pequeños. Aunque la mayoría de los herbívoros era demasiado grande para tenerlos en la ciudad, aquellos que podían mantenerlos demostraban con ello que les sobraba el espacio; en otras palabras, eran señal de prestigio. Pero sólo si se demostraba que realmente les sobraba el espacio en su hogar: más de uno intentó mantener un trompeta sólo para conseguir el prestigio que daba su posesión, con el efecto contrario al demostrarse que no tenía espacio. Y el espacio era algo que escaseaba en las atestadas ciudades.

Herbívoros grandes, como los látigos, sólo se criaban para carne (y a veces por los huevos) en las granjas del interior. No eran mascotas, eran alimento.

Usylis dejó las ensoñaciones. Había llegado el momento y la mayor parte de su equipo esperaba sus palabras.

—Bien, jefe, aquí estamos. Usted dirá.

—Es muy sencillo, nada más que una pregunta. ¿Qué vamos a hacer?

-7-

Klimertes dijo, en la velada posterior:

—Aún te falta narrar cómo llegaste a este lugar, Usylis. Yo ya lo hice y es tu turno, amor.

—Tienes razón. Pero primero debe darte una noticia: tienes permiso para poner un huevo. Incluso dos, si llegara el caso. El consejo está de acuerdo en que debemos aumentar la natalidad.

—Bien, desde ahora mismo dejaré de consumir anticonceptivos. Y tú deberás hacer lo mismo, porque me hace falta algo de ayuda. Bueno, si es que quieres.

—¡Claro que sí! Bueno, lo prometido. Ya te conté que terminé mis estudios y me asignaron pareja. Lyhermes ya había incubado su huevo y yo tenía un creciente prestigio. Tanto que me atreví a lo que luego fue el mayor error que he cometido.

—¿Error?

—Así me lo ha parecido muchas veces. Aunque no siempre, como ahora mismo. Bueno, estoy adelantando acontecimientos. Lo que llamo error fue sugerir construir algo en el Mundo Satélite.

»Verás, no se si tú estarás al tanto de lo que dicen algunos estudiosos. Ellos están convencidos de que la vida puede haber surgido en otros mundos; de hecho algunas naves automáticas enviadas a explorar otros planetas y satélites ya han mostrado algunos indicios en ese sentido. Todo eso fue justo antes de estallar la guerra, por eso aquellas investigaciones han quedado congeladas; más de una nave continúa explorando y enviando su información sin que nadie se digne recogerla.

—¿Ni siquiera aquí, en la base?

—Carecemos de los medios y de la información necesaria: códigos, frecuencias, direcciones. Podríamos apuntar las antenas al azar y ni en un millón de años localizar una sola de esas naves.

—De acuerdo, podría haber vida en otros mundos. ¿Y qué con eso?

—¿No te importa? ¿No te interesa?

—¡Claro que sí! Me refiero a qué tiene que ver con tu historia.

—¡Ah, sí! Verás, tras un arduo esfuerzo, logré convencer a las autoridades de la conveniencia de dejar un registro de nuestro paso por el Satélite para el futuro. Estoy convencido de que existen planetas similares al nuestro en torno a otras estrellas, y es lógico pensar que alguno pueda estar habitado. Supongamos que en uno o en varios apareciera un ser inteligente que viaje por el espacio... y ¡quien sabe si algún día pueda ser capaz de llegar al Satélite! En tal caso, si no hay superiores habitando en el planeta, ni en satélite, al menos podrían hallar algo que dejemos como recuerdo. Información suficiente para conocer el mundo actual. Lo que propuse fue crear un arca. Y les convencí.

—¿Y eso fue error?

—Para mí, sí que lo fue a nivel personal. Verás, decidieron que yo era la persona indicada para dirigir ese proyecto. Me indicaron el sitio adecuado, cerca de esta base secreta, y me dieron algo de tiempo para prepararme a viajar. Conseguí que Byjón fuera asignado a esta base, así podría seguir teniéndolo cerca. Luego le propuse a Lyhermes que me acompañara, algo con lo que yo contaba desde el primer momento. Aún recuerdo sus palabras: «No iré. Me dan miedo los espacios vacíos. Viajar en una nave espacial, vivir en un lugar donde una pared me separa del vacíos. Eso no podría tolerarlo jamás. Me quedo aquí».

»Primero traté de conseguir que me relevaran de la dirección del proyecto. Puse en juego mi prestigio, pero al final ganó el orgullo y acepté la orden. Luego busqué mil y un subterfugios para llevar a Lyhermes a la fuerza si hacía falta.

—Podrías haberla traído bajo sueño sintético.

—Incluso así, no me lo perdonaría. Nada sería igual. Cuando entendí eso, hice mi equipaje y salí en la primera nave espacial disponible. Lyhermes se quedó atrás.

»Pero ahora estás tú. ¿Quieres visitar el arca? Pide permiso para mañana, dos fracciones de día bastarán. Te llevaré a verla. Si quieres, claro está.

—Estaré encantada.

Por la mañana, los dos subieron a un vehículo y se dirigieron al lugar donde estaba el arca.

—Una posibilidad que me pone las plumas de punta —dijo Usylis en un determinado momento—, es que ese ser inteligente que decía aparezca en nuestro propio planeta.

—Ya existe. Somos nosotros.

—No me entiendes. Quiero decir, en el futuro, dentro de millones de años. Por poner un ejemplo, podría descender de las omnipresentes alimañas. Sería divertido si alguna alimaña peluda fuera capaz de construir una nave espacial y viajar al Satélite.

»Esa hipotética alimaña inteligente podría localizar dos elementos anómalos en la superficie del satélite. Uno es un cráter, tal vez muy visible, grande y joven, en el sur. ¿Sabrá que en ese cráter existió una ciudad nuestra?

—Puede ser.

—A mí me parece poco probable. Pero es mucho más seguro que localice en el norte, cerca de un semicírculo claramente visible desde el Planeta, una señal que dejaremos. ¿La ves?

Se detuvieron ante la señal. Klimertes tuvo que reconocer que era evidente y sin duda alguna artificial. Cualquier ser inteligente que pueda verla comprenderá de inmediato que no era natural y que señalaba algo muy importante.

Entraron en la cueva artificial. Usylis estaba cansado de ver lo mismo, pero ahora lo hacía con los ojos de su compañera. Le hizo miles de preguntas y él respondió como pudo.

—Sí, habrá que sellar el arca. Pero no ahora, eso seguro. Se hará en su momento. Salieron de la cueva y contemplaron la señal que marcaba la presencia del arca. —Seguro que la ven. Las alimañas inteligentes del futuro, o los seres que vengan de otros planetas. ¿Entenderán que todo eso no son más que señales de nuestro paso? —Me pregunto si Byjón lo podrá ver...

-8-

Usylis salió de su lugar de trabajo a media mañana. Cruzó la compuerta de seguridad del edificio, abierta como siempre (solo cerraba ante una emergencia) y se puso sobre la cinta transportadora.

La cinta no funcionaba, pero eso era lo habitual en estos tiempos de guerra. Ahorro de energía, se decía, aunque Usylis sospechaba que era debido a una avería sin posibilidades de conseguir la pieza.

En todo caso, ya estaba acostumbrado a caminar en vez de dejar que la cinta le llevara. Tampoco es que tuviera que andar mucho. Se dirigía al local de la Academia de Profesores, situado a unas cien unidades métricas.

La compuerta de aquel edificio sí estaba cerrada, pero eso también era lo normal. Usylis se identificó y le permitieron la entrada: no solo era un miembro destacado de la comunidad, perteneciente al Consejo, es que además era padre de uno de los chicos que allí se educaban. Hoy era su día de visita.

Byjón apareció después de una algo prolongada espera. Tenía el semblante serio, lo que sin duda era una novedad.

—¡Hola, querido hijo!

—¡Hola!

—¿Sucede algo?

Usylis lo contempló con detalle. Con su cuerpo moteado de azul y marrón, tenía casi su misma talla y esa sería la de adulto: Lyhermes era más baja de lo normal, mientras que Usylis era más alto. Su estatura venía a ser normal en un superior mestizo.

—Sencillamente, que no deseo que me demuestres tus sentimientos de propiedad. Digo, de paternidad.

—¡Está bien! ¿Debo dejar de visitarte? Ya sabes que es mi obligación venir una vez cada día del satélite. No puedo renunciar a esa posibilidad salvo que tú así lo señales de forma expresa.

—Está bien. Puedes seguir viniendo.

—¿Sería mucho pedir que me cuentes algo de lo que haces, aprendes o descubres aquí?

El joven hizo algunos comentarios sobre sus asuntos, poniendo poco interés. Usylis se daba cuenta de que lo que comentaba no eran más que trivialidades para rellenar el tiempo. Tomó una decisión repentina.

—¿Quieres visitar el arca?

—No entiendo.

—Sabes que estamos preparando un recinto a modo de recuerdo nuestro para el futuro —no habían hecho un secreto de aquello.

Byjón abrió los ojos, por una vez entusiasmado.

—¡Sí!

—Tendrás que pedir permiso para salir.

—Hablaré con la tutora.

Salió del recinto a toda prisa.

Poco después volvía acompañado de Klimertes.

Usylis ya sabía que ella era la tutora de su hijo, pero habían mantenido la relación profesional al margen de lo personal.

—Hola, Usylis. Me ha dicho Byjón que deseas llevarlo afuera.

—Sí, a visitar el arca. Bueno, tú ya la conoces.

—Dime Byjón, ¿quieres ir?

—¡Sí!

—Conforme. Aguarda un rato, en lo que hago las gestiones. Usylis, no hace falta que te diga que tengas cuidado, asumes la responsabilidad total.

—No habrá problemas.

—Y han de estar de regreso antes del mediodía. En cuanto a tí, Byjón, me deberás entregar mañana un informe del tamaño habitual sobre la visita.

No tardaron mucho en salir de la base en un vehículo para dos. Byjón empezó a hacer preguntas casi desde el primer momento. Todo lo quería saber, demostraba una curiosidad insaciable.

Usylis respondía como podía. En algunos casos tuvo que reconocer su ignorancia, y en otros le propuso averiguarlo.

Byjón alguna que otra vez tomaba notas, pero eran muy pocas. Usylis ya sabía que tenía una muy buena memoria.

El arca le dejó asombrado. Sentía un enorme entusiasmo por aquello, de lo que Usylis se alegraba.

Por fin, hacia el mediodía, un agotado Usylis entregaba al joven en la academia. Nunca habría creído que un niño fuera tan agotador. Pero a la vez estaba contento; tanta curiosidad era buena señal.

-9-

Usylis recordó que habían sido tres los asteroides que los azules dirigieron al Planeta. Parecía evidente que los detectaron y atacaron con proyectiles de gran potencia. Sin duda, dos de los asteroides fueron volatilizados pero el tercero logró su objetivo.

Fue ese el asteroide que impactó contra el Planeta.

El mundo del superior desapareció en poco tiempo. Una de las millones de víctimas fue por supuesto Lyhermes, pero Usylis ya estaba más allá del dolor.

Seguían sin tener noticias del Planeta. Las nubes cubrían toda la superficie y no se captaba nada en ninguno de los canales de telecomunicación.

Solos en su base del Satélite, los superiores supervivientes, azules y de otras razas, esperaban su oportunidad. Inútilmente, pensaba Usylis, quien era consciente de la enorme fragilidad de su medio. Muy pronto empezarían a fallar las máquinas y todos ellos acabarían de una u otra forma como sus congéneres del Planeta.

Por supuesto, él no demostraba su pesimismo de forma pública. Tenía buen cuidado en guardarse para sí estas ideas.

Por el momento, todo funcionaba de la manera habitual. Estaban economizando recursos y guardando para más adelante, pues sin contacto con el Planeta sin duda tendrían problemas. Pero eso era todo.

¿O no? Leyendo los informes, descubrió algo nuevo.

Varios superiores estaban desarrollando una extraña enfermedad de origen vírico y que resultaba por completo desconocida.

¡Era curioso, pero el primer caso fue el del consejero Zulfiter! Con él, todos los que le acompañaron en la expedición a la antigua base roja habían caído enfermos.

¿Todos? Usylis se quedó pensativo.

Había cuatro casos más, pero todos ellos habían estado en contacto con los miembros de la expedición. Eso podía leerse en el informe.

¡Un momento! El técnico Liopringji no había hablado con ninguno de ellos, solo había examinado el artefacto recogido, que le fue entregado por otro técnico.

Liopringji era el último caso, por el momento.

¿Y si el objeto era la fuente de la infección?

Comprendiendo eso, Usylis se puso en contacto con rapidez con los especialistas.

—Aquí Opriet. ¿Con quién hablo? No veo imagen en la pantalla.

—Porque no tengo emisor de imagen. Soy el consejero Usylis y estaba leyendo el informe de una enfermedad que podría estar asociada con ese objeto que trajeron de las ruinas de la base roja.

—¿Se refiere usted a las muestras recogidas en un vehículo destrozado? —
Las mismas. El técnico Liopringji las estuvo manipulando, ¿no es así? —En efecto, señor.

—Dígame, ¿alguien más las ha estado manipulando?

—Yo mismo.

Usylis aguantó la respiración. Soltando el aire de forma tan brusca que se oyó en el aparato, dijo:

—¿Alguien más, aparte de usted?

—No que yo sepa. ¿Le ocurre algo, señor?

—A mín, nada, pero a usted sí le va a ocurrir. Bueno, escuche ésto y comuníquelo a todo el equipo. ¿Sabe quién soy, no?

—Es usted el consejero Usylis. No puedo verle la cara, pero reconozco su voz.

—Pues en mi calidad de consejero le ordeno que guarde todas esas muestras en un lugar seguro y sellado. Y que nadie, repito nadie, las manipule hasta nueva orden. Debe considerarlas como peligro de infección biológica.

—Si esa es su orden.

—Es mi orden. Y me permito avisarle, es posible, casi seguro diría yo, que pronto empiece a manifestar señales de enfermedad. No corra riesgos, y ante la menor duda póngase en contacto con los especialistas. Los que tratan a sus colegas.

—Es cierto que muchos han enfermado. ¿Dice usted que puede ser debido a las muestras? ¡No hemos tomado ninguna precaución de posible contaminación biológica!

—Eso es evidente. ¿Puede decirme el motivo?

—Se trataba de un vehículo nuestro, no había motivos para imaginar algo así.

—Gracias. Por favor, transmita mi orden a todos y ejecútenla de inmediato.

Tras cortar, Usylis se quedó pensando en lo que había dicho el técnico. Era un vehículo de los superiores, aunque fueran rojos. ¿Por qué iban a tener un virus letal?

Se le ocurrían dos opciones. La primera, que fuera casualidad y aquel vehículo llevaba un cargamento de un arma biológica.

Pero la segunda opción era terrible: los rojos habían mantenido un virus inocuo para ellos pero que se activaría si alguien, como un azul, se ponía en contacto con ellos.

Sería su venganza en caso de destrucción.

-10-

Fue una pena, porque Usylis llegó tarde. El virus procedente de la base roja (o del vehículo investigado por el equipo de exploradores), ya se había diseminado por la base azul.

Loa orden de Usylis de aislar las muestras se ejecutó de inmediato. Pero pronto surgieron casos de individuos que no habían tenido relación con las muestras ni con los exploradores. Primero en la central de investigación, luego en edificios de alrededor.

Pronto, los casos aparecían en toda la base.

Y el pronóstico no era bueno. Zulfiter, el primer afectado, fue asimismo el primero en morir. Pero no el último, pues a los pocos días estaba claro que la enfermedad tardaba entre uno y dos días en incubarse, seis en manifestar los síntomas, uno en volverse agudos, y por fin, la muerte.

Nadie sobrevivía a la «enfermedad roja», como se le llamó de inmediato, aunque nadie se volvía rojo ni aparecían manchas rojas.

En realidad, lo que aparecía era una fiebre muy fuerte, que llevaba a la muerte por hipertermia.

Del consejo, también Olfitrís mostró los síntomas. Usylis fue nombrado jefe del consejo durante la emergencia.

También Byjón enfermó, y nada más ser ingresado, Usylis le pidió a Klimertes (o le ordenó, en su calidad de jefe del consejo), que dejara su actividad como docente y tutora.

—Tengo algo que revelarte, Klimertes.

—A ver.

Estaban en la vivienda que compartían, después del almuerzo. Parecía una de tantas veladas, pero el ambiente estaba muy enrarecido: Klimertes esperaba los primeros síntomas de la enfermedad roja. Y Usylis también.

—Hace ya unas cuantas revoluciones del Mundo Satélite que deposité en el arca un objeto en secreto. Es mi bien máspreciado, me refiero a objetos materiales, por su-puesto.

Es el fruto de mi investigación personal. De hecho, lo he construido a escondidas de los mandos.

»Si se descubría, podría ser motivo suficiente para la pérdida de prestigio. Por eso lo he mantenido oculto. Incluso ahora que el futuro se presenta tan pesimista que no me preocupa demasiado perder el prestigio, el hábito de toda una vida se impone. Mantendré el secreto. Solo te lo revelo a tí, y cuento con tu discreción.

—¿De qué se trata?

—Es un grabador de la mente. He dejado grabada una copia de mi mente. —Dices que lo has construido tú. ¿Estás seguro de que solo es obra tuya? —Claro que no. muchos me ayudaron en aspectos secundarios, fabricando y montando las piezas. He tenido que mentir mucho.

—A mí también.

—Sí, es cierto que tú has participado sin saberlo. Te pido perdón.

—Te diré que yo ya sospechaba algo. No por nada tengo un título en ingeniería neurológica, aunque no ejerza.

—Lo sé y fue por eso que te pedí ayuda. Eso fue antes de que nos relacionáramos.

—Hay una forma de que te perdone.

—A ver.

—¿Podrías dejar una copia de mi mente?

—Si tuviera los materiales, sí. Pero ahora no será posible. De hecho, me gustaría hacer otra copia, porque la que dejé es anterior al impacto del asteroide. Tendrás que seguir sin perdonarme.

—Lástima. Debes de saber que yo ya he notado los síntomas de la roja.

—¡No!

—Sí. Me temo que sí. Ya nada importa. Ni prestigio ni nada.

-11-

Las ideas de Usylis se confirmaron en pocos días. La enfermedad roja la causaba un virus procedente de los restos de la base roja. ¿Era intencionado o pura casualidad? Se preguntan los especialistas.

En realidad ya no importaba, y en eso estaban todos de acuerdo.

Byjón empeoró, tal y como era de prever. Klimertes tuvo que guardar cama. El mismo Usylis empezaba a mostrar los primeros síntomas.

Haciendo un esfuerzo, Usylis viajó hasta el arca para sellarla, ya de forma definitiva. Nunca entraría en ella un superior.

Llegó a tiempo de enterarse de la muerte de Byjón.

Lloró su muerte, ante el asombro de todos los presentes. Ya no le importaba mostrar sus sentimientos.

La base azul desaparecerá.

El mundo será para las alimañas.

BIOGRAFIAS DE LOS AUTORES

Félix Díaz González

Félix Díaz González nació en Caracas. Actualmente reside en La Laguna, Tenerife. Fue profesor de Secundaria, rama de Formación Profesional de Imagen Personal, ya jubilado.

Actualmente se dedica de pleno a escribir.

Desde los años 80 del siglo pasado ha participado en diversos fanzines de ciencia ficción. De esa época son sus primeras publicaciones: **Alma de Perro** en la revista **Nueva Dimensión** e **Historia de Draco**, cuento infantil publicado por CajaCanarias en la colección **Historia de Draco y otros cuentos infantiles**.

En 2005 logra ver publicada su primera novela, **Exilio**, por Ediciones Idea. Posteriormente ha publicado **Como el Fénix**, **Naufragios**, **Draco y otras historias para niños**, **Uzoné el pequeño astronauta**, **Jimmy Cara de Caballo**, **Bentorán** y **Aislados** todos ellos en la misma editorial (el último al alimón con Ediciones Aguiere). También, **Crónicas de Bistularde**, con editorial Atlantis.

Sus más recientes publicaciones: **Rojo**, de eXtinta e-ditores, **Titanes** e **Historias de Isabel** con Ediciones Irreverentes, **vuelta a la tierra**, con Espiral Ciencia Ficción, **Estrella de los asteroides**, **Exoplaneta**, **Historias de Bistularde**, **Dos Mundos**,

Planetesimales, Vikingo en Tamarán, Mundos de Fantasía, Kronos, Espacio 2155, Atalantia y otros en Amazon.

Además, ha participado en diversas antologías de relatos.

Premios: finalista del **Certamen de cuentos infantiles escritos por adultos**, de CajaCanarias 1982 (*Historia de Draco*); ganador del **V Premio Incontinentes de narrativa erótica**, de Ediciones irreverentes 2015 (*Historias de Isabel*).

Tiene un blog: <http://diariodebaldo.blogspot.com>, donde suele colocar algunos de sus relatos.

Belén Fernández Crespo

Escritora Ribereña, nacida y criada en Aranjuez (Madrid). Su género favorito es la ciencia ficción, aunque también desarrollo otros como el ensayo, el terror gótico, policiaco... Incluso se ha atrevido con la poesía en inglés y Español. En el año 2017 fue ganadora de dos certámenes: el de Plataforma por la Escuela Pública de Aranjuez con su relato "Sin Palabras" y el de Villa de Ontigola con "Marte en once meses y veintiocho días". Tiene una novela juvenil, Los Cazadores de Lunas autoeditada en Kindle, que pronto aparecerá publicada por la Editorial Círculo Rojo. Colabora semanalmente con el diario digital La Voz de Aranjuez.

Carlos Enrique Saldivar R

Carlos Enrique Saldivar R. (Lima, 1982). Director de la revista *Argonautas* y del fanzine *El Horla*; miembro del comité editorial del fanzine *Agujero Negro*, publicaciones dedicadas a la literatura fantástica. Director de la revista *Minúsculo al Cubo*, dedicada a la ficción brevísima. Finalista de los *Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011*, en la categoría: relato. Finalista del *I Concurso de Microficciones*, organizado por el grupo Abducidores de Textos. Finalista del *Primer concurso de cuento de terror de la Sociedad Histórica Peruana Lovecraft*. Finalista del *XIV Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura 2016*. Publicó los libros de cuentos *Historias de ciencia ficción* (2008), *Horizontes de fantasía* (2010); y el relato *El otro engendro* (2012). Compiló las selecciones: *Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso* (2011), *Ciencia Ficción Peruana 2* (2016) y *Tenebra: muestra de cuentos peruanos de terror* (2017).

José Cascales Vázquez

José Cascales Vázquez (Barcelona 1964) reside en Madrid. Master en Marketing y Ventas. Mantiene un blog dedicado a los relatos de ciencia-ficción <http://josepcascalesccf.blogspot.com> y una página de Facebook www.facebook.com/RelatosCortosCienciaFiccion con información relacionada con la Ciencia Ficción y la Ciencia en general. Ha participado en la revista MiNatura, en Inari, así como en el portal ficcióncientífica.com. También ha publicado varios relatos en el periódico A21, “Jules” y “Viajes en el tiempo”. Adicto a la lectura de Ciencia Ficción y los podcasts.

Ricardo Manzanaro Arana

Ricardo Manzanaro (San Sebastián 1966) reside en Bilbao. Médico y profesor universitario. Es presidente de la Asociación TerBi, que edita este fanzine y organiza el taller, entre otras actividades sobre la ciencia-ficción, en especial la TerBi, la tertulia mensual de cf de Bilbao. Lleva el blog “Noticias Ciencia-Ficción” (<http://notcf.blogspot.com.es/>). Tiene publicadas dos novelas cortas: “Sin castigo” y “ADN Gestión” y numerosos relatos breves